

Relato Navideño

*Mi lugar
eres tú*



Vega Manhattan

Relato Navideño

*Mi lugar
eres tú*

Vega Manhattan

Mi lugar eres tú.

Relato navideño.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Diciembre, 2020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

A todos mis lectores. Por vosotros.

Por esas personas especiales que ya no están y que recordaremos, más
que nunca, en estas fechas.

Gracias por acompañarme en este sueño. Os adoro.

Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo.

Capítulo 1



Presente

Logan

—¡Maldita sea!

Logan golpeó el balón con fuerza. Tras rebotar en el suelo, este salió de la cancha mientras el jugador que lo había lanzado lejos hacía lo mismo.

Como pudo y maldiciendo a diestro y siniestro, Logan llegó hasta la banca y se dejó caer, sentándose sobre el lado derecho de su cuerpo. Un poco ladeado, su mano aguantando su peso mientras la mantenía abierta sobre el banco. Su pierna izquierda completamente estirada y, por unos segundos, su rostro mostrando el dolor que sentía.

Porque dolía, por todos los infiernos que lo hacía.

Y aquello parecía no mejorar con el tiempo.

Y había pasado tiempo.

Días.

Semanas.

Joder, ¡meses!

Pero esa maldita pierna....

No le estaba respondiendo como debía.

—Deberías irte a descansar.

Y ese imbécil no le estaba diciendo lo que debía.

Logan abrió los ojos, aquellos que había cerrado con fuerza por el dolor y lo miró. Apretaba fuertemente su mandíbula. Su mirada, la que postraba sobre ese hombre de casi dos metros de altura, dura.

Michael le mantenía la mirada.

Con firmeza.

Cualquier otro no podría hacerlo.

Lejos de sentirse atemorizado, de darse la vuelta y de marcharse de allí por cómo lo estaba mirando, que es lo que habría hecho cualquiera, Michael se cruzó de brazos y enarcó las cejas.

Porque él no era cualquiera.

Sus ojos se movieron, observando a su amigo y su rostro mostró preocupación al observar la tensión en el brazo de Logan. Las venas señaladas, parecía que el brazo le iba a reventar. Y por cómo le temblaba, podía imaginar muy bien cuánto dolor sentía.

El brazo perdió un poco de estabilidad y, gimiendo, Logan cambió de postura, sentándose sobre su trasero.

Apretó aún más los dientes por el dolor. Porque ese era el verdadero dolor. No el del brazo cuando aguantaba su peso y toda la tensión de su cuerpo, no. Si no el de la pierna que acababa de mover.

—Vete a casa —insistió Michael.

—Olvida eso —gruñó Logan, enfadado al escucharlo—. Estoy bien. Solo necesito un par de minutos y...

—Te has acostado con ella —dijo Michael de repente, en tono de “Ya lo entiendo todo”.

¿Me he acostado con quién?, pensó Logan, descolocado.

Porque Michael podía entender todo lo que él quisiera, pero Logan no entendía una mierda.

Pestañeó varias veces mientras intentaba deducir a quién se podía estar refiriendo ese idiota.

Porque teniendo en cuenta por lo que él había pasado últimamente...

¿Con quién se iba a acostar? Si en lo único que pensaba era en la maldita lesión, ni se acordaba de cuánto hacía que no...

En fin, ¿de qué demonios estaba hablando ese loco?

Mejor dicho, ¿de quién?

—Con tu fisioterapeuta —continuó Michael al observar el asombro en el rostro de su amigo.

Logan abrió los ojos exageradamente, sorprendido aún más si cabía.

Porque él no...

¡Claro que no! Porque joder, ¿con su fisio?

¿En serio?

A ver, que él no era idiota. No haría algo así, sabía que no podía. Sabía que no debía mezclar...

A la mierda, seamos sinceros, esa no era la razón. Si él quería y ella también, a él las reglas le importaban muy poco.

Pero... La verdad era que... Esa mujer y él no...

Nunca.

Porque bueno, porque el sexo ni se le había pasado por la mente últimamente. Además, de haber sido así, no habría sido con ella.

Joder, ¿con ella no!

—¿Pero de qué hablas?!, exclamó, desconcertado.

La loca afirmación de Michael lo había dejado más que asombrado.

—¿No es así? —preguntó su amigo, haciéndose el sorprendido al ver que se había equivocado.

Pero de sorprendido poco, él sabía, de más, que entre su amigo y su fisioterapeuta no había nada. No solo porque de haber ocurrido algo, ya él se habría dado cuenta. Porque conocía a Logan, su rostro hablaba sin tapujos.

Incluso aunque su amigo quisiera ocultarle las cosas, que no era el caso, no había, tampoco, necesidad para ello, Michael terminaría sabiendo todo porque la cara de Logan no callaba nada.

No para él que lo conocía muy bien. Y a él no podía esconderle ni el más mínimo secreto. Que no lo haría, Michael sabía que ni siquiera lo había intentado nunca.

Logan podía ser muchas cosas, pero si tenía una virtud era la sinceridad.

Y aunque era muy reservado con su vida privada, Michael conocía cada detalle de esta. Para algo era, además de su entrenador, su mejor amigo.

—¿Se puede saber a qué demonios viene eso?

—A que es lo único que explicaría que estuvieras aquí.

—Soy jugador de baloncesto. Si no estoy aquí, ¿dónde demonios voy a estar?! —gruñó.

—¿En la camilla? ¿Recuperándote de tu lesión? —Michael miró la mano con la que Logan se acariciaba la pierna antes de volver a posar la mirada en él. Ignoró que el rostro de Logan le mostrara que quería matarlo en ese momento— ¿Tan bueno eres en la cama? —continuó, enfadándolo aún más— Porque es lo único que se me ocurre para que te haya dejado volver aquí.

Pero mentía, porque él sabía la verdad de por qué su mejor jugador, aún lesionado, había vuelto. Pero iba a esperar a que se lo dijera él mismo.

Porque lo iba a hacer, él se encargaría de ello.

—Eres un idiota —gruñó Logan.

Le jodían mucho ese tipo de comentarios. Porque era como si él usara a las mujeres y él no lo hacía. Jamás hizo algo como eso.

Las respetaba. Y sí, podía ser un picaflor, pero siempre que estaba con alguien era después de hacerle entender que, con él, solo sería una vez.

Una y no más.

Podían seguir siendo amigos o manteniendo la relación personal o laboral como siempre, pero no se volvería a cruzar la línea.

Y todas las mujeres con las que estaba aceptaban eso. Así que no, él no jugaba con ellas, no les faltaba al respeto en ningún sentido. No les mentía.

Podía estar con una y con otra, pero no era un mal hombre.

Era honesto. Siempre.

Michael sabía eso, lo sabía muy bien. Pero tenía que apretar un poco más. Hasta que le dijera la verdad.

—¿Idiota? ¿Yo? —Michael, sorprendido— ¿Por qué exactamente? ¿Por pensar que la sedujiste para que te dejara volver a entrenar? ¿Acaso no serías capaz de hacerlo?

No, joder. Él no haría algo así. Sabía respetar a las personas. Y no necesitaba recurrir al sexo para conseguir nada.

Y Michael lo sabía.

Por eso Logan no entendía por qué le estaba hablando de esa manera.

—Mierda, sabes que yo no...

No. Él no era eso. Jamás haría eso.

—O es que a lo mejor lo intentaste y después del polvo te dijo que no —sonrió Michel, satisfecho al ver que Logan estaba cada vez más enfadado.

Y Logan explotó, hasta ahí llegó.

—¿Pero de qué vas?! —gritó. Odiaba cuando alguien hablaba de esa manera— ¡Eres un machista de mierda! —exclamó— ¿Eso es lo que piensas de mí? ¡¿Eso es lo que me conoces?! — un movimiento brusco y sollozó por el dolor.

Maldita fuera la vida, cómo dolía aquello.

Michael miró a Logan con comprensión cuando lo vio apretarse la pierna. Sabía cuánto le dolía, lo sabía muy bien. Él mejor que nadie. Y por eso mismo no podía permitir que su mejor amigo cometiese las mismas estupideces que él.

Logan maldijo de nuevo y volvió a cambiar de postura, apoyándose sobre su brazo. Ese que también se sentía dolorido.

Un suspiro largo y contenido salió de sus labios.

—No sabe que estoy aquí —reconoció, refiriéndose a su fisioterapeuta.

Esa que no le había dado permiso para volver a entrenar. Ni siquiera para conducir su maldito coche.

Michael no se había equivocado. Eso era, exactamente, lo que había imaginado. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿no?

—Pero lo sabrá —le aseguró su entrenador. Porque vería las consecuencias físicas rápidamente.

—No...

—¿No, qué? —lo interrumpió Michael— Lo sabrá porque... —lo señaló con la mano, diciéndole, sin palabras, que su cuerpo se lo mostraría— Joder, Logan —resopló Michael—. ¿No te importa que por hacer el imbécil te jodas de verdad? —por primera vez habló enfadado—. El tema no está en que tu fisio te castigue cuando se dé cuenta de que la has desobedecido y te alargue la vuelta una semana. El jodido tema es que por una negligencia así, se puede joder tu vida para siempre. ¿Es que no lo ves?

No, no lo veía.

Además, él necesitaba volver a su vida. Al baloncesto.

Necesitaba volver a jugar.

—Tampoco exageres.

—¿Que no exagere? —Michael apretó los dientes— ¿Te recuerdo con quién hablas?

Como si Logan no lo supiese bien.

—No me va a ocurrir lo mismo que a ti, Mike.

Y Dios era testigo de que Michael haría lo necesario para que eso fuera así.

—No, si es por mí no. Haré todo lo que esté en mi mano para que no. Porque si es por ti... —Michael suspiró, frustrado. Sabía que era complicado que Logan viese el peligro al que se enfrentaba. A él, en su día, le ocurrió lo mismo. Él también pensó que a él no. Pero a él sí—. Aún tienes una oportunidad, Logan. Deja de hacer el idiota y ten un poco de paciencia porque te juegas mucho. Más de lo que imaginas —con un suspiro pesado, dejando salir un poco de la frustración que sentía, Michael negó con la cabeza.

—Necesito jugar —reconoció—. Me vuelvo loco, Mike. Necesito volver.

El día anterior estaba viendo el partido desde su casa y se subía por las paredes.

—Para ello necesitas a tu pierna sana. ¿Lo entiendes? —Logan asintió con la cabeza. Había metido la pata, lo sabía— Volverás a jugar si es lo que quieres. Pero paciencia.

—Claro que es lo que quiero. Me estoy volviendo loco.

—Lo sé. Pero ¿por no jugar o porque te das de bruces con la realidad?

—¿De qué hablas?

—Que una cosa es tu pierna y tu carrera y otra cosa es tu vida.

—Esto es mi vida —le recordó.

Él no tenía más, como no tenía a nadie más.

—Esto no es tu vida, Logan. No cometas el mismo error que yo.

—No sé de qué hablas, no entiendo a qué viene esto ahora.

Mike se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que a que me veo reflejado en ti. Y para ti siempre quise algo mejor.

—¿Hay algo mejor que esto? —Logan negó con la cabeza.

Porque si lo había, él no lo conocía.

—Para mí lo hubo, solo que me di cuenta tarde.

Los ojos de Mike se llenaron de lágrimas y Logan supo que se refería a su ex mujer. Michael

nunca había superado su ruptura, no lo haría por más años que pasaran.

Michael se sentó al lado de Logan, se limpió la lágrima que le cayó por la mejilla.

—Yo no tengo a nadie, Mike.

Él no tenía a nadie. El baloncesto era su vida.

—Ahora no. Pero la habrá. ¿O ya la hubo? —le guiñó un ojo.

Logan puso los ojos en blanco.

—No vayas por ahí, cada vez que se acercan estas fiestas, te pones melancólico —bufó.

Michael sonrió.

—Supongo que sí —dijo sonriendo—. ¿Nunca te has preguntado qué habría sido de ti si...?

—No —lo interrumpió, sin querer escuchar lo que seguía.

Michael negó con la cabeza.

—Mentira —dijo con seguridad.

—Mike —la advertencia en su voz.

—No me digas que no quieres saber por qué...

—Joder —gruñó, interrumpiéndolo de nuevo, no quería hablar de eso—. No. ¿Y acaso no es evidente?

—¿Lo es?

Por supuesto que lo era, siempre lo había sido.

—Bájale a la intensidad, estas fechas te pueden, ¿eh? —refunfuñó Logan.

—Un poco sí —reconoció—. Me doy cuenta de cuán solo estoy por haber elegido mal. Y no quiero eso para ti —se levantó—. Lo único que quiero es verte feliz. Cumpliendo el mayor sueño de tu vida. El de verdad.

Y tras esas palabras, se giró y comenzó a alejarse de quien era mucho más que un jugador bajo sus órdenes. De quien era mucho más que un amigo.

Logan era como su hijo. El vínculo que existía entre ellos y que se creó desde el primer momento años atrás era muy fuerte. Fue una conexión especial que se mantenía con el tiempo. Incluso se intensificaba.

Y ninguno de los dos quería perder aquello.

Por eso mismo, harían lo que fuera por el otro, no lo dejarían caer. Y Michael sabía que si Logan seguía cometiendo ese tipo de estupideces, la caída iba a ser monumental.

Como lo fue la suya.

Él había jodido su vida y no quería que Logan hiciera lo mismo. Porque dolía.

Dolía mucho.

Logan miró cómo su amigo se alejaba de allí. Caminaba lentamente, sin prisas. Quien no lo conociera no podría imaginar que lo hacía por miedo a que su pierna le fallase. Esa pierna con la que cojeaba aunque ni se notase. Pero el dolor no era así, no era imperceptible. Logan sabía cuánto lo hacía sufrir aún.

El dolor de las secuelas que le habían quedado en la pierna. Y, sobre todo, el dolor de todo lo que eso había conllevado.

Logan entendía que Mike se viese reflejado en él. Pero Logan no era él y no tenía por qué ocurrirle lo mismo.

Apretando la mandíbula cuando sintió un nuevo pinchazo de dolor, Logan se levantó. Esperó unos segundos a que su pierna le respondiese como debía para poder caminar, más lentamente aún que Mike y marcharse también de aquel lugar donde siempre se había sentido como en casa y que, unos meses atrás, parecía haberse convertido en una pesadilla. Todo desde aquel fatídico día en el

que cayó al suelo y, por desgracia, se destrozó el cuerpo.

Rotura del ligamento cruzado anterior y del menisco interno, nada menos.

Deseaba tanto volver allí como temía hacerlo por el dolor. O por el miedo a descubrir que ya no podría volver a ser lo que...

¡No!

¡No podía pensar así!

Él lo haría, volvería a ser lo que era. Volvería a ser quien era.

Costara lo que costase.

Doliera lo que doliese.

Porque eso era él.

Un jugador de la NBA. Un famoso jugador de baloncesto.

Ese era ya su único sueño. Era lo único que añoraba. Los demás anhelos quedaron atrás.

El baloncesto se había convertido en toda su vida. En todo su mundo.

Aparte de eso...

Él no tenía nada.

Ni a nadie.

Por eso tenía que luchar. Logan tenía que recuperar lo que era. Lo que había sido.

Logan tenía que recuperar su vida.

Y el único que se presionaba para ello, era él mismo.

Pero una simple frase dicha por Michael, quien se giró después de andar unos metros, propició que la vida de Logan cambiase para siempre.

—Por cierto, hijo —dijo mirándolo a los ojos con el cariño que sentía por él—. Feliz día de Acción de Gracias.

Capítulo 2



Dos meses antes

Logan había pasado una noche para olvidar. El dolor había sido casi insoportable.

El impulso que lo llevó hasta esa maldita canasta lo llevó, también, a doparse esa noche. No sabía ni cuántos relajantes musculares se había tomado, solo que no le hicieron efecto.

—¿Señor Davis?

Logan pestañeó y, saliendo de su ensimismamiento, miró a su fisioterapeuta.

Y cuando digo miró, me refiero a que tenía la mirada sobre ella, pero él seguía en su mundo.

Martha había notado que su paciente estaba, esa mañana, más callado de lo habitual. No era un hombre que hablase demasiado, era bastante silencioso. Y eso la sorprendió desde el principio.

Logan Davis era bastante conocido en Chicago. Además de por ser un famoso jugador de la NBA, era uno de los solteros más queridos por la prensa del corazón. El chico encantador que no tenía ningún problema en pararse delante de las cámaras a responder preguntas y en bromear con los periodistas cuando comenzaban a preguntarle sobre su vida privada. De la cual al final terminaba por no hablar y dejaba a todos con la duda de si había algo más con la última chica con la que lo habían fotografiado.

Y así hasta que en la fotografía aparecía otra.

Volviendo al momento en cuestión, el Logan que Martha había conocido un par de días atrás y de cuya recuperación se encargaba, no tenía nada que ver con la imagen que tenía preconcebida de él.

Martha pensaba, la verdad es que estaba segura de ello, que su accidente tenía mucho que ver en lo que parecía ser su cambio de actitud. Pero ella no lo había conocido antes para asegurar algo así.

De todas formas, estaba segura de que cuando estuviese mejor de su lesión, también cambiaría ese carácter serio y huraño que parecía tener.

—¿Se encuentra bien? —insistió Martha.

Logan, tras pestañear un poco más, asintió con la cabeza. Saliendo, por fin, de su aturdimiento.

—Eh... Sí —mintió. Porque tenía sueño, le dolía el cuerpo por no descansar además del dolor por la lesión y por la paliza que le estaba dando esa mujer con tantos masajes y movimientos en la pierna herida—. Estoy bien —asintió con la cabeza y la miró.

Esa vez sí, la miró. Podríamos decir que, por primera vez, lo hizo. Se incorporó un poco en la camilla, apoyándose sobre sus codos y continuó mirándola.

Vaya, pensó Logan cuando sus ojos la observaron por primera vez.

Martha era una chica bastante guapa. De ascendencia oriental, sus ojos marrones, como su larga melena. Y aunque la ropa de trabajo no mostraba bien su cuerpo, Logan podía imaginar, bastante bien, qué se escondía debajo de ella.

No era su tipo, no lo excitaba, pero...

Últimamente parecía que nadie lo lograba.

Martha enarcó las cejas, divertida, al darse cuenta del examen al que la había sometido. Sonrió y negó con la cabeza. Levantó su mano y le mostró el anillo de compromiso.

Logan puso los ojos en blanco, como fastidiado y se dejó caer en la camilla de nuevo.

—A la mierda la táctica de seductor —suspiró, bromista.

—Vamos, tan fastidiado no lo dejé —rio Martha al escuchar el dramático suspiro de su paciente.

—Me has roto el corazón —dijo él, trágicamente —Y tutéame, odio que me hablen de usted.

Por un segundo volviendo a ser el chico divertido que ella creía que era.

Y eso le demostraba que no se equivocaba.

—Mientras te repare la pierna, está bien, ¿no crees? —Logan la miró cuando hizo ese comentario.

Martha le guiñó un ojo y sonrió con complicidad.

Una tenue sonrisa también en los labios de Logan. Hacía días que no sonreía y era de agradecer.

—Con lo bruta que eres masajeando, capaz y me la partes más —resopló, haciendo que Martha soltase una carcajada.

Terminó de retirar con el paño de gasa la crema que tenía en las manos tras el masaje, lo tiró a la papelera que había cerca y se acercó a Logan, quien después de gemir por el dolor y de suspirar, cerró los ojos y se los tapó con el brazo.

Era un hombre guapísimo. Atractivo. Nadie que lo mirase podría negarlo.

Su cuerpo era espectacular, era un deportista de élite, era inevitable. Pero había algo especial en su rostro. Algo que lo hacía único.

Martha no sabía qué, solo que existía.

Logan no era un hombre que pasase desapercibido, en eso se resumía todo.

—Has intentado jugar, ¿verdad?

La pregunta de Martha lo pilló por sorpresa. ¿Cómo sabía...?

Se quitó el brazo de la cara, abrió los ojos y la miró, sorprendido.

Claro que lo había hecho. Él no tenía tiempo que perder, él no podía parar su carrera, él...

—Quizás hay algo que no te expliqué, Logan —dijo usando, por primera vez, su nombre. Logan enarcó las cejas y la miró a los ojos, esperando a que ella le explicase a qué se refería — No soy nueva en esto y no se me puede engañar. Si lo haces, lo sabré. Has estado entrenando. O lo has intentado, mejor dicho.

Logan suspiró, puso los ojos en blanco de nuevo. Esa mujer era demasiado inteligente al parecer.

—Fue una estupidez, lo sé.

—Eso no lo dudo —Martha, sincera. Miró a su paciente. Logan resopló—. ¿Cuántos calmantes te tomaste?

—No lo sé —dijo con sinceridad.

—Debería de echarte una buena bronca y decirte todo lo que le puede ocurrir a tu pierna por

actuar así —él se preparaba para ello—. Pero no lo haré —dijo para sorpresa del paciente. Logan la miró con curiosidad—. No eres tonto, ambos lo sabemos. Como sé que sabes las consecuencias. Y supongo que después de la mala noche que seguramente pasaste, te darás cuenta de que esto no es un juego. Y de que una estupidez puede llevarte, incluso, a perder tu pierna —ella no iba a decir nada, pero lo dijo todo—. Yo estoy aquí para ayudarte a curarte, Logan Davis. Es mi trabajo. Si no cumplo como profesional, échame. Si no doy la talla, échame. Pero si decides confiar en mí y que me quede, porque te aseguro que haré todo lo posible para ayudarte en lo que pueda, sigue las reglas. Si no lo haces, entenderé que o no me quieres o no me necesitas. Y me iré. ¿Lo entiendes?

Sí, claro que lo entendía. Cómo no hacerlo.

Pero Logan no podía dejarla marchar. Había hecho una promesa. Y además de eso, él sabía que era la mejor en lo suyo y que ella podría ayudarlo a volver a ser quien era.

El Logan de siempre.

El jugador de baloncesto.

Y él, más que nada en el mundo, quería recuperar su vida.

Era la tercera fisioterapeuta que tenía en esos pocos días desde que había vuelto a casa tras su salida del hospital. Fue el equipo quien se encargó de todo.

Pero Logan se negaba a dejarse ayudar, así que tenerlo como paciente no era tarea fácil. Él estaba demasiado susceptible con todo y cuanto más dolor, menos aguante emocional tenía.

El primer fisioterapeuta duró dos días, la segunda especialista poco más de setenta y dos horas.

Logan terminó solo.

Tras una fuerte discusión con el médico de los Chicago, fue el propio Michael quien, personalmente, se encargó de encontrar a la mejor en su campo. Alguien a quien Logan no pudiese encontrarle fallas.

Así fue cómo, unos días atrás, llegó Martha.

Lo primero que pensó Logan al verla fue “*otra inexperta más*”. Era demasiado joven para saber lo que hacía.

Así de idiota era él con sus pensamientos.

Pero es que con cómo se sentía, con todo lo que había pasado, cualquier gilipollez lo hacía desconfiar.

Pero tras una larga e insoportable charla, le había prometido a Michael, después de que este le explicara la trayectoria profesional de Martha y un extenso bla bla bla, que le daría una oportunidad.

Por él mismo.

Por su pierna.

Por su carrera deportiva.

Por su futuro.

Y aunque le costó la vida fiarse, lo hizo. Ignoró a la mujer que lo tocaba y dejó que la profesional se encargase de él.

Tras los masajes del primer día quería matarla, eso dolía como el infierno. Y él no se sentía con fuerzas para aguantar semejante dolor.

Pero Michael estaba allí, a su lado, cogiéndole la mano. Y con el paso de los días, él ya se había sentido mejor. Su pierna más fuerte. Por eso no pudo aguantar la tentación de salir fuera a botar un poco el balón cuando su amigo y su fisioterapeuta se marcharon y lo dejaron solo en casa.

Y terminó jodido.

Y Martha no era tonta. A ella no se lo podía ocultar.

Pero en vez de una bronca monumental, que era lo que él había imaginado que obtendría si se enteraba, se había encontrado con la verdad, pero dicha de una manera clara y concisa.

Y eso lo hizo reaccionar.

Al menos por el momento.

Pero, como idiota que era, cuando, con el tiempo, exactamente dos meses después, volvió a sentirse con fuerzas de nuevo...

Presente

—¡Maldita sea!

Logan golpeó el balón con fuerza. Tras rebotar en el suelo, este salió de la cancha mientras el jugador que lo había lanzado lejos hacía lo mismo.

Michael miró cómo quien sacó la pelota de la cancha se alejaba lentamente, cojeando.

Maldito idiota, pensó.

¿Qué demonios estaba haciendo en aquel lugar?

Iba a joderla bien. Iba a joder su vida con tanta estupidez.

En realidad llevaba jodiéndola años, pero no lo veía.

Pues habrá que darle un empujón, a ver si espabila, pensó.

Lo siguió y esperó a que se sentara para decirle:

—Deberías irte a descansar.

Capítulo 3



Esa misma noche

—¿Puedo pasar?

Michael sonrió al ver que era Logan quien estaba al otro lado de la puerta. Tras un asentimiento con la cabeza y un gesto de la mano, Michael dejó a Logan entrar en su casa.

El baloncestista enarcó las cejas al llegar al salón y ver la mesa preparada para dos.

—¿Sabías que iba a venir?

Michael negó con la cabeza y con otro gesto de la mano, lo invitó a sentarse.

—No —dijo con sinceridad—. Pero esperaba que lo hicieras. Y aquí estás —una dulce sonrisa del hombre afroamericano de pelo blanco al ver cómo Logan enarcaba la cejas hasta el nacimiento del pelo—. Tenía mis dudas. Sé que tus compañeros pueden ser bastante persuasivos.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Son un grano en el culo —resopló Michael—. No sabes la de veces que me han llamado alguno de ellos para intentar convencerme de ir a comer a su casa. Llevándote de los pelos a ti, además —rio.

Una sonrisa en el rostro de Logan.

A él también lo habían atosigado a llamadas y a mensajes. Como cada día desde que tuvo el accidente. La verdad era que tenía grandes amigos allí.

Pero Logan, con la excusa de su lesión, declinó cada invitación.

—Yo tenía excusa —Logan se sentó y aceptó la copa de vino que le ofreció Mike—. La jodida pierna sirvió, por una vez, para algo. ¿Qué excusa usaste tú?

—Ninguna —terminó de llenar su copa, la cogió y la levantó en una especie de brindis—. Ese día era para estar con la familia —dijo con seriedad y con seguridad—. Solo con la familia. Esta es la que hemos elegido, ¿no? Y aquí estamos.

Sí, ahí estaban. Ninguno tenía a nadie más.

A Logan se le hizo un nudo en la garganta al escucharlo hablar así.

Emocionado por las palabras de su amigo, Logan levantó su copa, brindando silenciosamente con él.

Por la familia, pensó.

Porque la única familia que a él le quedaba era ese hombre. Ese extraño que, años atrás, se convirtió en el padre que nunca tuvo. En su mejor amigo.

Era la única persona que le quedaba en el mundo. Era la familia que él elegía tener.

Y el día que faltara él, Logan se quedaría completamente solo.

El sonido de llamada del móvil sobresaltó a Logan. Fue tal el bote que dio que terminó en el suelo.

Se cayó del sofá.

Con un alarido de dolor por haber caído sobre la pierna lesionada y maldiciendo a todos los dioses, Logan cogió el móvil cuando este sonó por segunda vez.

—Me cago en la puta —gruñó mientras se lo ponía en la oreja—. ¿Qué? —terminó sollozando mientras intentaba acomodarse. Quien estaba al otro lado del teléfono era Mike, con él no tenía por qué guardar las formas.

—¿Logan? ¿Es usted?

Logan se dejó caer, sentándose en el suelo. Su ceño fruncido y una mala sensación recorriendo su cuerpo.

—Eh... Sí. ¿Dónde está Mike? ¿Quién es usted? ¿Con quién hablo?

—¿Conoce al señor Michael Burns?

—Le estoy diciendo que sí. A quien no conozco es a usted. ¿Qué demonios pasa? —Logan no solía ser así de brusco, pero tenía una horrible sensación.

—Lo siento —dijo la voz femenina al otro lado de la línea—. No tengo buenas noticias, el señor Burns ha sufrido un infarto.

—No me diga...

—Lo siento. No hemos podido hacer nada por él.

No podía ser. Michael no podía haberse ido.

¡Él también no!, pensó con dolor.

La imagen de su amigo marchándose de esa cancha de baloncesto volvió a su mente.

"Feliz día de Acción de Gracias".

Esas fueron las últimas palabras que le dedicó Michael. Porque lo demás...

—Solo fue un sueño —susurró Logan mientras sentía como si le estrujasen el corazón.

Dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas a la vez que el móvil caía al suelo, a su lado.

No había existido esa cena de Acción de Gracias. Porque Michael ya no estaba.

Y no volvería a verlo nunca más.

Capítulo 4



—¡No quiero volver a verte en la vida! —exclamó con voz de pito. La que le salió por culpa de los nervios.

Todo por culpa de esa mujer, ¡siempre esa mujer!

¡Lo volvía loco!

Cabreado, se giró para marcharse, con tan mala pata y nunca mejor dicho, que se tropezó con uno de los barriles de cerveza que el chico de reparto había dejado allí y terminó perdiendo el equilibrio, cayendo de bruces contra el suelo.

Igual de rápido que cayó, se levantó. No sin antes recoger del suelo la gorra que había salido volando a la vez que él.

—No se ha roto los piños de milagro —susurró Ava tras suspirar pesadamente.

—¡Nunca más! —gritó en tono dramático cuando volvía a estar incorporado.

Y con otro giro, esa vez con cuidado, fue hasta la puerta y...

¡Pum!

—Además de sin piños, de esta se queda también sin napia —farfulló esta vez tras ver cómo la pesada puerta de madera de la cafetería se estampaba contra la cara del dramas.

Negaba con la cabeza.

Ava puso los ojos en blanco, lo que le faltaba.

Y Justin...

—Pero hombre de Dios, ¡¿qué haces?! —exclamó al escuchar el alarido del zopenco de turno.

—¡Solo intento irme de este lugar! —pronunció como pudo, porque el dolor que sentía era inmenso— ¡Y quiero irme vivo! —bramó.

Justin enarcó las cejas, miró al pequeño hombre que tenía frente a él y las levantó aún más.

Brad Peter. Sí, así se llamaba y sí, también era normal que cualquiera que escuchara su nombre, alucinara. Y se descojonara.

Porque cuando alguien escucha un nombre así, no puede evitar recordar lo que se parece al actor. El nombre, porque el hombre que lo portaba no.

A ver, imagináoslo. Yo no entiendo mucho de medidas, pero estaría entre metro y medio y metro cincuenta y dos (intento ser lo más exacta posible). Era bajito, mucho. Su madre también lo era y su padre lo había sido, así que el pobre nació con todas las papeletas.

Sufría alopecia. Y aunque intentó el injerto capilar un par de veces, su calva decía que ahí no florecía ni se mantenía a ningún pelo. Volvía a ser calvo de nuevo.

Esa nariz de gancho y esos rasgos tan extraños...

A Ava no le gustaba. Y eso era algo que él aún no entendía porque se la pasaba intentando enamorarla.

Volviendo a la escena, Justin se hizo a un lado cuando Brad quiso pasar. Eso sí, le aguantó la puerta. Por si acaso. Porque con lo torpe que era lo mismo se llevaba otro golpe por detrás.

Tras ver cómo el extraño se salía de la cafetería, Justin cerró la puerta y entró.

—¿Qué le hiciste hoy? —le preguntó a Ava.

—¿Yo? —Ava abrió los ojos de par en par— Como no sea existir, no lo sé.

—Siempre ha estado obsesionado contigo.

—Ese chico es así desde que nació, mamá me lo decía. En su día se rumoreó que se cayó de la cuna y se quedó —Ava hizo como solía hacer su madre, levantó la mano y con un dedo sobre las sienes, lo movió en señal de locura.

Sonriendo al recordar que siempre contaba lo mismo.

—¿Lo arreglaste? —le preguntó a Justin.

—Eso parece —respondió él. Venía con la ropa sucia de trabajar con la camioneta—. Al final tuve que llamar a Carl.

—¿Y qué era?

—Una bujía —resopló.

—La mecánica no es lo tuyo —rio Ava—. No sé para qué lo sigues intentando.

—Ni yo tampoco —refunfuñó el pobre hombre que se había pasado horas intentando arreglar la camioneta—. Mejor me pongo a adornar tartas.

Y hacia allí iba. Por el camino se deshizo de la sudadera que traía manchada de grasa y aceite de la camioneta y se dispuso a preparar algunos de los pasteles que dejó a medias horas antes por lo de la camioneta.

Así era la vida de Ava y de Justin, dedicados a esa cafetería por completo.

Pero ese lugar no era todo su mundo.

Esa tarde, Ava se marchó más tarde de lo habitual. Desde que su madre ya no estaba con ellos, pasaba más tiempo en el trabajo.

Su madre había fallecido hacía unos meses y el recuerdo de ella aún pesaba demasiado. La casa en la que vivía, donde se crio, seguía llena de su esencia.

Y a veces era duro estar allí.

Ava sabía que era cuestión de tiempo el hacerse a la idea de que ella ya no estaba y de que esa energía que aún se mantenía en la casa desapareciera por completo, dejando solo los bonitos recuerdos que habían pasado los tres juntos.

Quedando, también, los recuerdos de lo no tan bueno.

Y es que la enfermedad de su madre no había sido nada fácil de llevar para ninguno de los dos. Ver cómo la mujer que les dio la vida se consumía y que ellos no podían hacer nada por evitarlo, fue muy duro.

Pero pudieron con ello. Los dos juntos. Como habían estado siempre.

Tras cerrar la cafetería, caminó hasta la casa.

Justin se había marchado un poco antes para pasarse por el supermercado antes de que cerraran. Le dijo de pasar por ella al terminar, pero Ava se negó, necesitaba caminar.

Y soledad.

Además, Justin también tenía una familia a la que cuidar, tenía que estar con su mujer y con su hija.

Era padre de una niña de tres años hermosa y Ava agradecía el que fuera feliz. Su mujer era una

de las mejores amigas de Ava y siempre estaba ahí.

Junto a ella.

Junto a él.

La casa de Ava no estaba lejos, a unos diez minutos paseando. Lo que solía tardar ella porque solía caminar calmada, disfrutando de la sensación del aire fresco.

Sintiéndose viva.

El pequeño pueblo de Panguitch hacía ya unos días que estaba adornado e iluminado para dar la bienvenida a la Navidad.

El momento en que todo el mundo se congregó en la plaza del pueblo para ver cómo esas luces se encendían fue, como siempre, mágico.

Ava siempre disfrutaba con ese momento. Siempre se emocionaba.

Ese fue el primer año que no vivió el momento mágico con su madre y sintió cómo ella le faltaba.

Menos mal que estaba Justin ahí para coger su mano y para recordarle que no estaba sola.

Días atrás se había celebrado la cena del Día de Acción de Gracias y comieron en familia. Fue una noche agrisadida. Las lágrimas de los recuerdos junto con las lágrimas de las ganas de vivir y de seguir adelante.

Las lágrimas junto con las risas de la pequeña Salma, una preciosa niña de pelo rubio y ojos verdes que llevaba el nombre de su tía. A la que siempre nombraba.

Aún con todo, fue una noche especial.

Pronto tendrían que vivir las primeras navidades sin su madre. Ya todo sin ella.

Limpiándose las lágrimas que le caían por las mejillas, Ava se colocó mejor el gorro de lana que llevaba y se centró en mirar por dónde caminaba.

Le gustaba observar cada detalle, cada luz.

Oír cada sonido.

Y por estar pendiente a ello fue que no le pasó desapercibido el reflejo de una luz en una casa que llevaba muchos años cerrada.

Ava, con el ceño fruncido, se paró en seco y miró hacia allí. Ahora estaba oscuro, pero podría haber jurado que ella había visto una luz encendida.

Y, sin poder evitarlo, esa luz la había hecho temblar.

Carraspeó un par de veces intentando salir del aturdimiento.

—Son invenciones tuyas —resopló ella—. Ves demasiadas películas románticas —rodó sus ojos y siguió caminando—. Pero esto es la vida real, Ava —se dijo a sí misma—. Aquí los amores del pasado no regresan para cambiarte la vida —miró hacia atrás, hacia la casa, que seguía estando apagada—. Aquí volverás a casa, a tu soledad.

Un par de minutos más y estaría allí. En su hogar.

Sola.

Como solo estaba, de pie, entre las sombras de la casa que tantos recuerdos le traía, un hombre de ojos negros y de rostro serio. Metió las manos en sus bolsillos después de haber apagado la luz del salón y miró por la ventana.

Se había preguntado mil veces qué hacía allí. Él no solía ser impulsivo y lo que había hecho era una locura.

No lo había pensado demasiado porque de ser así, no estaría en ese pueblo. Ni aguantando el dolor que sentía por haber cometido tal imprudencia al conducir durante horas.

Su fisioterapeuta lo iba a matar cuando volviese. Eso sí no lo mataba la pierna antes, claro. Por

hacer el idiota.

Pero...

“Lo único que quiero es verte feliz. Cumpliendo el mayor sueño de tu vida. El de verdad.”

Esas frases hacía horas que lo torturaban. Como la de *“¿Nunca te has preguntado qué habría sido de ti si...?”*

“No”, había dicho él rápidamente, interrumpiendo a su amigo, no dejándole terminar la frase porque no quería oír lo que seguía.

Porque sabía cómo seguía. Qué palabras utilizaría.

Y la respuesta fue no.

Fue la mayor mentira que había dicho nunca.

Porque claro que se lo había preguntado. Claro que había imaginado miles de escenarios posibles, decenas de vidas diferentes.

Con ella.

Siempre con ella.

Capítulo 5



—¿Ava?

—Justin...

—¿Qué pasa? ¿Ocurrió algo? —preguntó preocupado.

No hacía mucho que se había quedado dormido y el sonido del móvil casi lo mata del susto. Más aún cuando vio de quién se trataba. La última vez que lo llamó tarde fue para darle la peor noticia de su vida.

—Hay alguien —susurró.

No muy lejos de allí, Ava estaba frente a la ventana del salón, escondida tras las cortinas y mirando afuera por donde había sacado la cabeza.

—¿Es Ava? —preguntó Mel, la mujer de Justin, que había encendido la luz de la mesilla de noche. Este la miró y afirmó con la cabeza— ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo él—. Ava, joder, deja de asustarme. ¿Estás bien?

—Sí —susurró ella.

—Vale —suspiró él, sentándose en la cama—. Está bien —dijo mirando a su mujer—. ¿Entonces para qué me llamas? ¿Qué pasó?

—Te dije que hay alguien —susurró.

—¿Que hay alguien? ¿Alguien dónde?

—¿En la casa?! —exclamó Mel, acojonada solo de pensarlo.

—¡No me jodas! —Justin, ya más despierto, se levantó de un salto, dispuesto a salir corriendo para proteger a su hermana.

—¿Qué? —Ava pestañeó— ¡No! —exclamó— Joder —refunfuñó por haber gritado. Se escondió de nuevo entre las cortinas— En casa no —volvió a sacar la cabeza para mirar fuera.

—¿Segura?

—¡Que sí, joder! —exclamó de nuevo— Y no me hagas gritar —susurró enfadada.

—¿Por qué no puedes gritar? ¿A quién vas a despertar? ¡¿No dices que no hay nadie?! —

A Justin no se le podía despertar de esa manera porque él se estresaba muy pronto. Sobre todo si pensaba que la gente a la que quería estaba en peligro.

—No hay nadie aquí. O sea, estoy yo.

—No me digas —resopló, se sentó en la cama y puso el manos libres.

—Deja la ironía, hermano, no va contigo —suspiró Ava.

—Me llamas a estas horas para decirme que hay alguien, ¿no?

—Sí. Exacto.

—¿Alguien dónde? —por Dios, qué difícil era mantener la paciencia con ella.

—En casa de ese —en ese momento, ella miraba hacia ese lugar.

—¿En casa de quién? —esa vez fue Mel quien preguntó.

—Hola, Mel. Siento haberte despertado.

Justin puso los ojos en blanco.

—Hola, Ava. No importa. Pero dínos, ¿en casa de quién?

—De ese.

—¿Quién demonios es ese? —Justin perdiendo los nervios de nuevo.

Mel le puso la mano en el hombro y se lo acarició. Qué poca paciencia tenía el amor de su vida.

—¿En serio me vas a hacer nombrarlo? —ya se iba a enfadar ella.

—Hombre, a ver, pues sí. Más que nada —continuó cuando la escuchó refunfuñar— porque si no lo haces, ¿no voy a saber quién es!

—Papi, ¿estás enfadado?

La pequeña, con su manta en una mano y el peluche con el que dormía en otra, entró en la habitación. Se había despertado. Lo normal con los gritos del padre al perder los nervios.

—No, cariño —sonrió él.

—Papi habla fuerte, pero no está enfadado —Mel se levantó y cogió a la pequeña en brazos—. Vamos, tesoro, a dormir —salió con ella del dormitorio para acostarla, de nuevo, en su cama.

Justin quitó el manos libres y se puso el móvil en la oreja.

—Baja la voz, hasta a la niña despertaste —le riñó Ava en un susurro.

Si la tuviera delante, la ahorcaría.

—Ya se fue a dormir, como quiero irme yo. Cuando me expliques de una vez qué es lo que pasa y dejes de darme estos sustos.

—Más asustada estoy yo sin saber quién está ahí —dijo ella también enfadada—. Tienes que venir a verlo.

—¿Adónde?

—A casa de Logan, ¡claro! —por fin lo nombró.

—Claro... —un suspiro contenido— Lo que voy a hacer es irme a dormir. Y tú deberías de hacer lo mismo.

—Pero...

—Ahí no hay nadie, Ava. Créeme. Será el reflejo de las luces de los vecinos.

—Justin, es que yo...

—Estás cansada y necesitas descansar, eso es lo que te pasa. Llevas demasiado adelante.

—No me trates como si estuviera loca —no, así no.

No después de lo que habían vivido con las enfermedades mentales, no podían usar ese tema ni para bromear.

—Dios me libre, no era mi intención. Solo dije que necesitas descansar. Venga, a ello.

—Pero...

—No hay nadie, Ava, confía en mí.

—Justin, en serio...

—A dormir dije —era una orden.

—Mal hermano —refunfuñó.

—Ah y Ava...

—¿Sí?

—Ni se te ocurra ir a ver, ¿me entendiste?

—Ujum...

—Ava...

—Que sí —resopló—. Buenas noches, insoportable.

Justin sonrió.

—Yo también te quiero.

Con cara de orgullosa, Ava colgó la llamada y soltó el móvil. Miraba por la ventana.

—Hay alguien —dijo antes de decidir que ella sola iría a ver quién se había atrevido a entrar a ese lugar.

Mientras, en casa de su hermano...

—¿Se durmió? —preguntó Justin un rato después al ver entrar a esa chica de pelo castaño con ojos chocolate y un cuerpo de infarto que lo ponía cardíaco siempre.

Sobre todo cuando sonreía así, con picardía.

—Hmmm... —levantándose el camisón, se sentó a horcajadas sobre su marido— ¿Y tú tienes sueño? —Mel acarició el pelo rubio de Justin y miró con deseo a ese hombre de ojos verdes que la miraba de la misma manera.

—Ya se me quitó —Justin acarició las piernas de Mel y colocó las manos en su trasero, por debajo de la ropa interior.

Mel mordió su labio.

—Bien —se movió, refregándose contra la erección de Justin—. Y mientras me desnudas, ¿qué tal si me cuentas por qué no saliste corriendo a casa de Ava?

Justin gimió cuando Mel mordió su cuello.

—Porque no es nada, estaba exagerando.

—Ya... —lo lamió, haciéndolo gemir de nuevo— ¿Qué es lo que no me cuentas?

—Nada —dijo él rápidamente.

Mel sonrió y lo miró a los ojos.

—Menos mal que tengo mis armas secretas para sacarte información.

Y tras hacerlo reír, lo besó, volviéndolo loco de deseo.

Y ni dos minutos le llevó tenerlo al límite y hacerlo cantar como un pajarito.

Capítulo 6



Con el bate de béisbol de cuando Justin era pequeño en las manos, Ava estaba apoyada en la puerta trasera de la casa de Logan.

En esa casa había vivido él siempre y aunque se marchó y nunca volvió, no la había vendido. Ava no sabía por qué, solo que Justin se encargaba de que estuviera siempre en condiciones.

Ella no sabía si Logan le había pedido que conservase la casa o si su hermano lo hacía porque quería. La cuestión era que la casa, aunque vacía, debía estar en perfecto estado.

Aunque tampoco podía asegurarlo porque no había entrado en todo ese tiempo.

Ava miró a través del pequeño cristal que formaba una ventana en la puerta de la cocina, pero no vio nada. Dentro estaba todo oscuro.

A ver si Justin iba a tener razón y allí no había nadie y solo eran imaginaciones suyas.

Sí, seguro, porque estaba cansada y veía lo que no era, debía de ser eso.

Loca, al final ella también estaba loca.

Con un suspiro, sintiéndose tonta, fue a marcharse cuando escuchó un ruido dentro de la casa.

¡Había alguien! ¡Lo sabía!

Y en vez de hacer lo más normal que sería marcharse y volver a llamar a su hermano o al sheriff, Ava volvía a elegir entrar sola en ese lugar. Con su palo, claro. Con él echaría al imbécil que se había atrevido a entrar en esa casa.

Puso la mano en el picaporte de la puerta y, sin esperarlo, la abrió.

Por Dios, ¿pero qué clase de seguridad era esa? Iba a matar a su hermano, así no se cuidaba una casa.

Lo mismo ha sido el extraño que está dentro, dijo una voz en su cabeza.

Puede ser, pensó ella, dándole la razón.

Fuera lo que fuera, ella misma se encargaría de cambiar las cerraduras y de garantizar la seguridad de esa casa.

Con los ojos cerrados mientras la puerta chirriaba al abrirse...

Nota mental, cambiar también los goznes de la puerta.

Ava entró en la cocina, bate de béisbol en una mano, linterna que estaba encendiendo en la otra.

Caminó un poco, asombrada porque ese lugar... Joder, es que estaba igual que la última vez que entró. Es como si nunca se hubieran ido.

Pero lo hicieron.

Y tanto que lo hicieron...

Dejando atrás la impresión de verse allí otra vez, cuando en todos esos años no había sido capaz ni de mirar más de un segundo a la fachada de esa casa que veía a diario, tanto mientras iba y venía del trabajo como si se asomaba a la ventana del salón de su casa...

Ava intentó que el impacto no le nublara la mente en ese momento y se centró en su misión.

—Hola, ¿hay alguien ahí?! —gritó.

Si la única neurona que le quedaba tuviera ojos, los habría puesto en blanco en ese momento.

¿Pero se puede saber para qué gritas?, exclamó la voz de su cabeza.

Joder, pues por los nervios o vete a saber, contestó Ava mentalmente al darse cuenta de que había metido la pata. Así no se cogía a ningún criminal.

Pero así se ahuyentan, que lo veo en las series del canal Crimen & Investigación, pensó.

Los ojos de la neurona de nuevo en blanco. Si es que la pobre mujer no daba para más, ella lo sabía bien.

Con la linterna iluminando todo menos el camino por el que iba, porque es que le temblaba todo el cuerpo y no tenía mucho pulso la pobre, llegó hasta el salón, donde había una pequeña vela encendida en una esquina.

¡Si ya sabía ella que había visto una luz, no estaba loca!

—Ay, Dios —gimió, eso era que tenía razón y ¡había alguien!— ¿Y ahora qué mierda hago?

Entonces se hizo la luz.

—Quizás explicarme qué estás haciendo en...

Logan no pudo terminar la frase porque con el grito que dio Ava casi le rompe el tímpano.

La linterna y el palo de béisbol cayeron al suelo y Ava, aun gritando, se agachó y los cogió, iba a atizarle.

—¡Tengo un palo! —gritó Ava a pleno pulmón.

Logan se tapó los ojos con la mano cuando la luz de la linterna le dio de lleno.

—No te hará falta, me dejarás ciego antes —resopló Logan.

Esa voz...

Aún le temblaba el cuerpo.

Porque esa voz...

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¡Esto es propiedad privada! —terminó gritando, histérica.

Ya no sabía si estaba más nerviosa por el miedo que sentía o porque esa voz...

Ava fue capaz de mover un poco la mano para dejar de apuntar a ese hombre a los ojos.

—Lo sé, Ava —Logan la había reconocido desde el primer momento. Cómo no hacerlo si esa voz no cambiaba y él la tenía grabada a fuego en la memoria—. Es mía —dijo cuando se quitó la mano que le cubría parte de la cara y miró a la mujer que tenía frente a él.

Los brazos de Ava cayeron a ambos lados de su cuerpo. Negaba con la cabeza.

Sus ojos por fin le pusieron cara al dueño de esa conocida voz.

—No puede ser —susurró.

Lo que ella estaba viendo no podía ser real.

Al final estaba más loca de lo que quería admitir.

Capítulo 7



Logan metió las manos en sus bolsillos y contempló a la mujer que tenía a poca distancia. Sabía que la vería, había ido hasta allí para ello, ¿no? Pero no estaba preparado ni para que fuera tan pronto ni para que fuera de esa manera.

Él esperaba que...

Joder, no sabía qué esperar si ni siquiera sabía el porqué estaba allí. Pero imaginó que la vería de lejos o cerca pero sin hablarle, porque él aún le guardaba rencor, ¿no?

Claro que sí, por eso viniste a verla. Por eso no la has sacado de tu mente en todo este tiempo. Porque la odias, dijo con ironía la voz de su cabeza.

Tal vez no consiguió hacerlo, pero lo intentó. Dios sabía que lo había intentado con todas sus fuerzas.

Pero era evidente que fracasó. No se reaccionaba de esa manera ante alguien que se odiaba.

No te temblaba el cuerpo.

No sentías una presión en el pecho.

Ni un nudo en la garganta.

Ni la podría ver preciosa si la odiase.

Pero lo estaba, mucho más de lo que la vio nunca.

Con su pelo rubio y largo recogido en una coleta alta y con un chándal viejo, seguramente con el que dormía, como siempre había hecho y sin maquillaje, esos ojos verdes brillaban mientras lo miraban.

Brillaban por lágrimas no derramadas.

De la impresión.

Del impacto.

De los nervios.

Del susto.

De todo un poco.

Pero Ava no iba a llorar. No iba a permitirse hacerlo. Lo que sí iba a hacer era creerse que él estaba ahí. Porque era él. Esos ojos negros solo podían ser suyos. Ese pelo azabache y desastroso. Esa nariz perfecta.

Ese cuerpo...

—Mierda, tu pierna —vio cómo temblaba por mantenerse en pie e instintivamente dio un paso adelante para ayudarlo.

—Estoy bien —dijo él, sonando brusco, enfadado porque ella supiese lo de su lesión. Y porque esta le fallara en ese momento.

Se apoyó en la mesa del salón y suspiró. No pudo evitar colocar la mano sobre su muslo y

apretarlo un poco.

—Te duele —dijo ella.

Frase estúpida, pensó, regañándose a sí misma.

Logan apretó la mandíbula con fuerza hasta que el dolor insoportable pasó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Yo... —Ava tragó saliva— Yo vi una luz y pensé... Bueno —carraspeó, nerviosa—. Ya veo que no eres ningún ladrón. Esto... Yo... —movía las manos exageradamente y maldijo al iluminar los ojos de Logan de nuevo con la linterna— Mierda —dijo mientras la apagaba—. Yo ya me voy.

Temblando, aún histérica, fue a marcharse de allí.

—Ava —la llamó él.

Ella se paró en seco. Su cuerpo en tensión, esperando a que él hablase.

—Logan... —le dolía pronunciar su nombre.

Pero él no sabía qué decir. Él solo la paró al ver que se marchaba y ni siquiera sabía por qué.

Y ella lo entendió.

—Que descanses —dijo antes de salir de esa casa y dejar que las lágrimas salieran sin control.

¿Cómo era posible que después de tantos años siguiera doliendo tanto?

Porque dolía, ¡cuánto dolía!

Capítulo 8



¡Catapúm!

—¡Me cago en Dios! —exclamó Ava.

El estruendo sonó en toda la calle.

—Si sigues rompiendo vasos a este ritmo, nos quedaremos sin ninguno antes del almuerzo.

Justin había salido de la cocina y estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y mirando a su hermana de mala manera.

—Solo es un vaso —refunfuñó Ava.

—Eso dijiste hace dos horas cuando rompiste el primero. ¿Pero cuántos van ya?

—Cinco —dijo Mel, sentada a la barra.

—Mala amiga —resopló Ava, asesinándola con la mirada—. ¿Qué haces aquí todavía? ¿No tienes que trabajar?

—Hoy entro más tarde —Mel trabajaba en el supermercado del pueblo y como el día anterior habían dejado todo repuesto, ese día no tenía que empezar tan pronto. Así que después de dejar a la peque en la guardería, fue a desayunar a la cafetería familiar.

—Vaya por Dios —se quejó Ava.

—Dios tiene que estar de ti hasta la coronilla con las veces que lo nombraste hoy. Y no para bien precisamente. ¿Qué te pasa?

Ava había cogido el cepillo y estaba recogiendo el desastre. ¡Había cristales pequeños por todos lados!

—Nada —gruñó—. No dormí bien, solo eso.

—Mira, yo tampoco. Porque una zumbada ve luces.

¿Zumbada?

Ava miró a su hermano con ganas de querer matarlo.

Se había pasado la noche sin dormir porque lo de la noche anterior aún parecía irreal. Pero sabía que no lo era, que todo ocurrió y que Logan estaba allí, en el pueblo.

Se sentía en el ambiente, así de poderosa era su presencia.

¡Siempre había sido así!

Y le dio vueltas a todo.

¡A todo!

Y sacó sus conclusiones.

—No se te estropeó la camioneta, ¿verdad? Fuiste a buscarlo a él.

Mel casi se ahoga con el café y Justin se separó del marco de la puerta.

—Tengo mucho trabajo —iba a escaquearse.

—¡No huyas, cobarde! —gritó Ava cuando su hermano entró corriendo en la cocina— ¡Lo

mataré! —gritó de nuevo, sin importarle la clientela.

El pueblo la conocía, estaban acostumbrados a que se le fuera un poco la cabeza.

Y “un mucho” también.

—Ava... —suspiró su amiga, imaginando la mala noche que habría pasado.

—Ava no, Mel —cogió el cepillo y volvió a barrer—. Estaba allí, ¿sabes? Yo pensé que estaba loca y sabes lo que me aterra eso. Ya me veía con en un cuarto acolchado con la camisa de fuerza, pero no. ¡Porque estoy muy cuerda! ¡Y él estaba allí! —exclamó.

Mel carraspeó.

—Sí, bueno, ya si eso después...

—¿Después? ¡¿Después?! —y una mierda después, pensó— ¡¿Qué voy a hacer yo ahora?!

—¿Quizás callarte? —carraspeó Mel.

—¡Pues no me da la gana de callarme!

—Ava... —la advertencia en su voz, pero Ava iba a lo suyo.

—Llevo años callándome, Mel, ¡estoy cansada de hacerlo!

Gritó levantando la cabeza del suelo que barría. Y se quedó petrificada cuando vio a Logan.

Logan había pasado, también, una noche de mierda. Como siempre que los recuerdos lo invadían y por si esa vez no tenía suficiente con lo que llevaba años arrastrando, también había que añadirle la muerte de Mike.

A veces sentía que iba a volverse loco.

Como loca parecía seguir esa mujer que amenazaba con matar a alguien.

¿Era Justin el que había salido corriendo?

A Logan no le extrañaba, siempre habían sido así.

Caminó lentamente, con paso firme. Su pierna haciéndolo sentir seguro. No sin dolor.

—Estaba allí, ¿sabes? —dijo Ava. ¿Hablabas de él?— Yo pensé que estaba loca y sabes lo que me aterra eso —ah, ¿sí? ¿Y eso desde cuándo?, se preguntó Logan— Ya me veía en un cuarto acolchado con la camisa de fuerza, pero no. ¡Porque estoy muy cuerda! —ya, bueno... Ni tanto— ¡Y él estaba allí! —exclamó.

Logan se paró al lado de Mel, la esposa de Justin. Logan nunca había dudado de que esos dos terminarían juntos, así que cuando se enteró de que había boda, no se sorprendió en lo más mínimo.

Se sabía, desde que eran críos, que estaban hechos el uno para el otro.

Lo mismo que decían de él y Ava.

Y sin embargo...

Mel carraspeó.

—Sí, bueno, ya si eso después...

Logan notó cómo lo miraba de reojo. Lo había reconocido e intentaba callar a la loca de su amiga.

Estaba hablando de él, no cabía duda.

—¿Después? ¡¿Después?! ¡¿Qué voy a hacer yo ahora?!

Él tampoco lo sabía. Y, sin embargo, allí estaba. Otra vez cerca de ella.

—¿Quizás callarte? —carraspeó la amiga y cuñada.

¿Pedir a Ava que mantuviera silencio cuando estaba nerviosa? Ja. Qué poco la conocía, ¿no?

A Ava había que dejarla hablar y soltar y...

Mierda, pensó, no hacía falta demostrar que la conocía tan bien.

—¡Pues no me da la gana de callarme!

Logan apretó los labios para no reírse.

—Ava... —la voz de Mel sonaba a advertencia.

—Llevo años callándome, Mel, ¡estoy cansada de hacerlo!

¿*Y eso?*, se preguntó Logan, curioso.

Entonces Ava lo miró. Y abrió los ojos de par en par.

—Logan —susurró ella.

Él le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y miró a Mel.

—Años sin verte, Mel —sonrió.

—Logan Davis —Mel se levantó y le dio un abrazo a quien fue su amigo. Ava terminó de recoger los cristales, mejor eso a dejar que los tontos celos le hicieran preguntarse por qué a ella no la trataba así. Obvio que no lo haría—. No me puedo creer que alguien como tú esté por aquí.

Ni ella ni nadie.

—¿Alguien como yo? —sonrió más aún— Soy el mismo que te fastidiaba las citas con Justin para joderlo.

No, ya ninguno somos los mismos, pensó Ava.

Mel soltó una carcajada.

—¿Solo que ahora eres rico y famoso?

—No es para tanto —le quitó importancia.

Él era uno más. El mismo que se crio ahí, en ese pueblecito de Utah.

—Ya... —rio ella, encantada de la vida con ese Casanova— ¿Tampoco son para tanto las decenas de conquistas que tienes por ahí? —bromeó, sin pensar en que ese tipo de comentarios podía sentarle mal a su mejor amiga.

A Ava casi se le cae otro vaso, menos mal que lo cogió al vuelo.

Logan la miró de reojo al notar cómo se daba la vuelta tras ese comentario.

Mel también la miró marcharse, maldiciéndose por haber metido la pata de esa manera.

—¿Y tú quieres ser una más o qué? —preguntó Justin saliendo de la cocina.

Logan sonrió al verlo, le dio un fuerte abrazo a su amigo y un par de palmaditas en la espalda.

—¿Todo bien, Davis?

—Todo bien —sonrió Logan, otra vez.

Y hacía tanto que no sonreía así, tan sinceramente, que no quería dejar de hacerlo.

Para ello solo tenía que mirar a Ava, entonces se le borraba la sonrisa de la cara. Su cuerpo reaccionaba a ella y él se tensaba.

Ava agradeció el tener que atender una mesa y el poder alejarse de Logan. Porque le temblaba todo. Y le dolía escuchar algunas cosas.

Y es que, en algunas ocasiones, era mejor vivir en la ignorancia.

—Me va a matar. Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó Justin cuando vio a su hermana alejarse y se despidió de su esposa, que se iba a trabajar. No sin antes darle un abrazo a Ava, a quien pilló por detrás.

Logan le había pedido ayuda a Justin para que la casa estuviera acondicionada, diciéndole que llegaría en unas horas.

Justin hacía años que cuidaba ese lugar. Logan se marchó de allí, pero nunca quiso vender la propiedad. No volvió jamás, pero la mantenía.

Nadie sabía por qué, ni él mismo lo hacía.

Los años pasaban y nada de eso cambiaba. Y ahora había decidido volver.

Le había costado entrar ahí y enfrentarse a los recuerdos. Pero no todos eran malos y no todas

las lágrimas que derramó la noche anterior eran de tristeza.

Algunas también de alegría, recordando los buenos momentos vividos entre esas cuatro paredes.

—¿Qué haces aquí, Logan? —preguntó entonces Justin. Directo al grano.

Logan cogió aire, se metió las manos en los bolsillos y miró al que siempre había sido su mejor amigo.

—No lo sé —dijo con sinceridad.

Justin enarcó las cejas. No sabía qué respuesta esperaba, pero esa no era.

—¿Apareces en Utah en estas fechas y no sabes para qué?

Su amigo se encogió de hombros.

—Yo...

—No le hagas daño, solo te pido eso. Ava ha sufrido mucho y no merece...

Logan apretó los dientes con fuerza. ¿En serio le estaba diciendo eso? Pues no sería por él, ¿verdad?

—Fui yo el que sufrió, Justin. Fue a mí a quien se lo hicieron —le recordó con rabia.

Pero las cosas no eran así. No tan simples. Pero él no tenía ni idea.

Y Justin ya estaba un poco cansado de tener que callárselo.

—Y mereció la pena el sacrificio, ¿no crees? Tampoco lo hizo tan mal, te fue bien.

El desconcierto en la cara de Logan, ¿de qué estaba hablando?

¿Qué sacrificio?

Pero no pudo preguntarle porque, por la tensión, la rodilla le falló.

—Mierda —gruñó sentándose, menos mal que su amigo fue rápido y lo agarró.

Pero no eran las únicas manos que sintió sobre su cuerpo. No era él el dueño de esas manos que le provocaron semejante descarga eléctrica.

—¿Estás bien? —preguntó Ava, sujetándolo por detrás mientras lo ayudaba a sentarse en la banqueta.

—Estoy bien —sonó enfadado, el orgullo de no querer que lo vieran débil y herido—. Podéis soltarme —dijo con brusquedad.

Ava apareció frente a él, junto a su hermano y lo miró a los ojos.

—¿Duele? —preguntó en un susurro. Logan no respondió— ¿Quieres tomar algo? Algo que te ayude a...

—No —brusco de nuevo.

Ava apretó los labios, asentía rápidamente con la cabeza.

—Lo siento, no quise... Solo quería ayudar—terminó, mirándolo con sinceridad. Se giró, marchándose de allí.

A hacer algo en la cocina, a lo que fuera. Lejos de él.

Logan cerró los ojos con fuerza.

Maldito imbécil que era a veces.

—¿Vienes a vender la casa?

—No —respondió rápidamente. Esa casa era de su madre, le tenía mucho cariño y nunca se desharía de ella—. Y quiero agradecerte cómo la cuidaste.

—¿Eso significa que ahora vas a cuidarla tú? —Justin esperó la respuesta, pero Logan no podía responder a eso.

Ni siquiera debía de estar allí, pero lo estaba. Siguió el impulso de buscar respuestas. Por una vez se permitió ceder al deseo de volver a verla.

Y ahí estaba.

Joder, él era el loco, no Ava, como ella decía.

—Tenía que verla. Yo...

—¿A la casa? —Justin sonrió cuando Logan puso los ojos en blanco.

—Necesito hablar con ella. Necesito respuestas.

—Ya... Pues tienes una curiosa manera de ganarte su confianza, ¿eh?

Un resoplido de Logan.

—Supongo que sigo siendo el mismo idiota de siempre. No debería haber venido. Esto... Yo... —suspiró—. Llevo años con las mismas preguntas en mi cabeza. No puedo más.

—¿Por qué ahora? ¿Te aburriste ya de tu lujosa vida como famoso jugador?

—No me jodas, Justin. Tú me conoces, sabes que no soy así.

—Para mí sigues siendo mi hermano, Logan. Siempre te voy a llevar dentro —Justin señalaba su corazón—. Pero si viniste a joderla... Terminó de destrozarte la pierna antes de que le hagas daño, ¿me entendiste?

Su voz amenazante y Logan sabía que era muy capaz de cumplir su amenaza. Nadie tocaba a Ava mientras Justin estuviera vivo.

Él también la había protegido así mientras ella era parte de su vida, pero de eso ya habían pasado muchos años.

Logan asintió con la cabeza.

—Lo siento —miró a su amigo.

Justin le dio un apretón en el hombro.

—Te hace falta vivir un tiempo aquí, Davis. Parece que perdiste los buenos modales —le guiñó un ojo y volvió a la cocina—. Ven aquí —dijo abrazando a su hermana al verla llorar.

No sabía qué demonios quería Logan, pero sí que tenerlo cerca era duro para Ava. Ella podía haberse callado años, podía haberse guardado sus sentimientos y el dolor una eternidad, pero él la conocía bien.

Y sabía que ella, aunque no lo nombrara, no había olvidado a Logan.

—Me odia —sollozó ella.

Ella lo había sabido de siempre, pero una cosa era imaginarlo y otra vivirlo.

Era una de las consecuencias de la decisión que tomó y tenía que vivir con ello.

Aunque era más fácil hacerlo mientras él solo era una imagen plana en la televisión.

—No te odia. Créeme, no te odia —le aseguró Justin.

Tal vez creía hacerlo o quería hacerlo, pero no lo había logrado. No habría vuelto de ser así.

Porque él estaba seguro de que había vuelto por Ava, de eso no tenía ninguna duda.

Logan, sintiéndose un miserable y un idiota, caminó hasta una mesa cercana y se sentó en la silla. Le agradeció a Justin el café que le trajo un rato después y se quedó ahí. Mirando por la ventana.

Y mirándola a ella cuando no lo miraba.

Allí se quedó hasta que Justin vino en su búsqueda.

—Vamos, te invito a comer —Logan, tras levantarse, miró alrededor, buscando a Ava—. Ella come en su casa.

—¿Sola?

Tras una palmadita en la espalda de su amigo, Justin lo puso a andar.

Vamos a chincharlo un poco, pensó Justin.

—Pues sí que tenéis que hablar cosas, ¿eh?

Sintió cómo el cuerpo de su amigo se ponía en tensión.
Ay, los celos.
Idiota, espero que esta vez no la dejes escapar, pensó.

Capítulo 9



—Joder —sonrió Logan—. No he sido capaz de encontrarlas en ningún lado —cogió el botellín de cerveza y lo miró, alucinando. Justin había puesto un par de ellas en la mesa y un plato con cosas para picar. Logan le dio un sorbo al botellín y sonrió aún más—. Como siempre.

Con una sonrisa, Justin levantó la botella en un brindis.

—Por tu regreso —dijo.

No era tal, pero brindaría aunque fuese por estar allí poco tiempo.

—Se te cambió la cara —dijo Justin.

Logan bebió un poco más.

—No sé el tiempo que estaré aquí. Necesito rehabilitación o me joderé aún más de lo que estoy.

—Lo entiendo. ¿Para qué viniste entonces? ¿Por qué correr ese riesgo?

—Ya te lo dije, necesito respuestas.

—Mi madre siempre decía que, a veces, es mejor vivir en la ignorancia. Ava repite mucho esa frase.

—Tu madre... Siento mucho lo de su muerte, Justin. Sabes que la quería.

Justin y él habían mantenido contacto. Con el paso de los años este fue a menos, pero había cosas para las que uno no dudaba en llamar al otro.

La muerte de su madre fue una de ellas. A Logan le dolió como si fuera su propia madre y sufrió tanto con su muerte como con la de la suya. La quiso mucho, siempre lo hizo.

Justin sonrió.

—De ti siempre se acordaba para bien.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Mi madre murió de un ataque cardíaco, Logan —tragó saliva—. Pero hacía años que estaba enferma.

Logan frunció el ceño.

—¿Enferma? ¿Una patología cardíaca?

—No. Esquizofrenia paranoide.

Logan dejó lentamente el botellín de cerveza sobre la mesa de la cocina.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace muchos años. Estaba controlada, pero no era fácil llevarla adelante.

—Joder, lo siento. No me quiero ni imaginar...

—No podrías aunque quisieras. Pero Ava y yo decidimos estar ahí y lo hicimos hasta el final. No la dejamos sola, por más duro que nos resultara a veces.

Joder, tuvo que ser muy duro para los dos. Ahora entendía los comentarios de Ava sobre la

locura.

La había dejado marcada para toda la vida.

—¿Cómo lo lleva ella?

—Mal. Se dedicó a mi madre y vivir en esa casa ahora, sola... —tampoco quería irse de ese lugar, para ella esa era su casa— Sé que a veces siente que todo se le cae encima. Pero la mitad de lo que siente se lo guarda y no lo expresa.

—¿Desde cuándo? Ava siempre fue...

—Ava sufrió y cambió, supongo que fue eso. Por eso te pido que tengas tacto con ella. No quiero verla sufrir más.

Logan sentía un nudo en la garganta. No quería verla sufrir ni escuchar que lo hizo.

¿Y tú querías odiarla?, se preguntó. *Tú eres un imbécil.*

No podía juzgar a una persona por una sola acción. En realidad no podía juzgarla por nada.

Ni a ella ni a nadie. No era su misión en la vida.

—Jamás le haría daño —juró.

Y ambos sabían que así era.

Logan podía intentar odiarla toda la vida, que nunca lo conseguiría.

Como jamás podría olvidarla.

Capítulo 10



—No tengo que darte explicaciones, Martha. Te llamaré cuando vuelva —Logan colgó la llamada y dejó el móvil sobre la mesa, de mala manera.

Había discutido con su terapeuta, quien quería ahorcarlo por haber conducido tantísimas horas y por enterarse, por un SMS, de que le daba unos días de vacaciones.

“¡Tu pierna no puede tener vacaciones!”, había exclamado ella, intentando explicarle que todo aquello era una temeridad y que él necesitaba sus masajes o no se recuperaría nunca.

Enfadado porque sabía que tenía razón, le colgó el teléfono.

Ava carraspeó.

Joder, con lo bonito que es vivir en la ignorancia, pensó.

—Voy a cerrar —dijo rápidamente, antes de que Logan abriese la boca.

Ella no creía que él fuese a darle ninguna explicación sobre lo que había oído ni nada por el estilo pero, por si acaso, habló antes.

Logan la observó unos segundos.

Recordó la conversación que había tenido con Justin y suspiró.

Parecía ser verdad que ahora se guardaba lo que sentía. Se notaba contenida.

Había tenido que sufrir mucho para llegar a eso, él lo sabía por experiencia propia.

Sintió como si le estrujasen el corazón, no quería verla sufrir.

—Ah —Logan también carraspeó—. Está bien, ya me voy.

Con varios movimientos nerviosos de cabeza, Ava se giró y comenzó a apagar las luces del lugar.

Logan miró la hora en el móvil y enarcó las cejas. Pues sí que cerraba tarde para no tener un servicio de cena.

Después del almuerzo, Justin volvió a la cafetería a trabajar y Logan, después de ir a comprar algunas cosas al supermercado, fue de nuevo hasta allí.

Y se sentó.

Y ahí se quedó.

Hacía más de una hora que Justin se había despedido de él y pensó que cerrarían ya, pero al ver que Ava seguía trabajando, se quedó en el sitio.

Pendiente a ella.

Salió de la cafetería lentamente, la pierna lo estaba matando. Al final iba a tener razón Martha e iba a tener que volver pronto porque no iba a soportar más el dolor.

Cada vez era más intenso.

Bueno, razón tienen todos los que me llaman idiota. Tampoco es nuevo, pensó.

Ava cerró la puerta principal con llave y no sabía qué decirle a ese hombre que era, en ese

momento, un desconocido para ella.

Así que caminó sin decir nada.

Logan hizo lo mismo y llegó hasta su lado, acompañándola en el paseo, en silencio.

Ava caminaba despacio, más de lo que solía hacerlo, dejaba que la pierna de Logan marcara el ritmo.

Esa noche no podía prestar atención a las luces ni a los sonidos. Esa noche Logan eclipsaba absolutamente todo.

—Escuché lo de tu entrenador, lo siento —dijo Ava un tiempo después, rompiendo el silencio.

Emocionado por el detalle, Logan sonrió, también con tristeza al acordarse de él.

—Me dejó solo —seguía diciéndolo como con rabia.

—¿Es por eso que estás aquí? —Ava sonrió, entendiéndolo. Logan maldijo, dicho así no sonaba bien. Además, no era solo por eso—. Este no es lugar para ti, Logan.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no —Ava se encogió de hombros—. Tu vida es otra. En otro lugar. Con otra gente. Siempre fue así.

—No fue así siempre y lo sabes —dijo con la voz grave.

Ava tragó saliva.

—Eso es pasado —intentó no darle tanta importancia—. Y el pasado es mejor dejarlo atrás. Ya no somos los mismos, somos adultos —suspiró—. Por mi parte todo queda atrás —ya habían llegado a la casa de Logan, se paró y lo miró. Era una promesa, una tregua—. Bienvenido a Panguitch el tiempo que estés aquí.

Para ella era más fácil o eso pensaba Logan. Al fin y al cabo, fue quien eligió el futuro de ambos. Para él no lo era tanto.

Pero era, como decía Ava, un adulto. Y si estaba allí, con ella cerca, era porque él lo había elegido. Si ella, después de haberlo abandonado, volvía a verlo era porque él había vuelto a ese lugar.

Tenía que hablar con ella. Y tenía que hacerlo ya.

Pero la miró fijamente y sintió que se quedaba sin aire.

Ella sonrió con dulzura, lo miró como lo había hecho años atrás.

Y en ese momento, Logan lo entendió todo.

—Buenas noches, Logan.

Capítulo 11



Ava se levantó del sofá cuando llamaron a la puerta.

Hacia un rato que había llegado a casa y entre lágrimas por la conversación con Logan, tomó una ducha. Y se sentó en el sofá, en pijama, a pensar.

Hasta que el timbre la interrumpió.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acercaba al portón de madera, con el ceño fruncido.

¿Quién podía visitarla a esa hora de la noche? Porque con Justin acababa de hablar, él no podía ser.

—Soy Logan.

Se quedó con la mano sobre el picaporte de la puerta. Sin poder reaccionar. No supo el tiempo que se quedó ahí.

—¿Ava? —escuchó al otro lado de la puerta.

Entonces ella reaccionó y, nerviosa, abrió.

—Logan —joder, no sabía ni qué decir.

Solo podía mirarlo.

¿Qué hacía él allí?

—¿Puedo...?

Logan apretó los dientes cuando la pierna le dio un latigazo de dolor.

—Mierda, lo siento. Pasa. Claro, pasa —dijo nerviosa. Caminó a su lado hasta el salón y lo invitó a sentarse—. ¿Tienes dolor y tienes que llamar a un médico o algo así?

—Ava...

—¿Quieres una pastilla? ¿Quieres algo? —joder, el pobre tenía la cara descompuesta y ella tenía complejo de enfermera al parecer.

De enfermera novata.

—Solo necesito dos minutos.

—Vale —ella asintió con la cabeza y como se notaba nerviosa e iba a empezar a subirse por las paredes, fue hasta la ventana.

Logan la miraba, sabía que estaba nerviosa. Él también, como cada vez que la tenía cerca.

Desde que se quedó en su casa y la vio marcharse, había estado dándole vueltas a la cabeza.

Pensando y pensando.

Y cada vez tenía más claras las cosas.

La iluminación que tuvo tenía que ser cierta.

La observó con su chándal viejo, mirando por la ventana.

Tan nerviosa...

Él también lo estaba porque no sabía si lo que pensaba era cierto. Y había ido a averiguarlo.

—Siento lo de tu madre, Ava. Quería decírtelo —dijo Logan unos minutos después.

Ava apretó los labios, emocionada.

—Gracias.

—Me dijiste que dejaste el pasado atrás.

Tras tensarse, Ava, cuando supo que no iba a llorar, se giró y lo miró a los ojos.

—Sí —dijo con seguridad.

—Estoy pensando en quedarme una temporada. Las fiestas, quizás un poco más —dijo para sorpresa de ella.

—¿No te espera nadie...?

—No —con seguridad—. No hay nadie. Pero si te molesta o si tienes algún problema conmigo, dímelo y me marcharé.

—No —dijo ella rápidamente. Cogió aire y habló cuando lo soltó—. Te digo lo mismo que hace un rato. Somos adultos, podemos estar juntos sin matarnos. Al menos yo puedo hacerlo —sonrió—. Eres libre de quedarte el tiempo que quieras. A mí no me molestas. Incluso de ser así, no tienes que decidir en base a mí, Logan.

Esa frase se le atravesó a él en el pecho.

—Bien —Logan, ya mejor del dolor, se levantó—. Entonces supongo que nos veremos seguido.

—Seguro que sí —sonrió Ava.

Logan comenzó a girarse, se marchaba.

Ava hizo lo mismo, pero para mirar por la ventana. Y se tapó la boca cuando un sollozo salió de su garganta.

Logan se quedó quieto, mirándola. Apretó los dientes y maldijo mentalmente.

Ahí estaba lo que había ido a buscar.

Lentamente y sin hacer ruido, se acercó a ella. Se paró a su espalda, antes de que se rozasen. Levantó sus manos y las apoyó sobre las caderas de Ava antes de moverlas para que terminasen en su vientre, después de haber acariciado su contorno. A la misma vez acercó su rostro a su cuello y lo besó.

El cuerpo de Ava tembló.

El de Logan no era menos.

—Te he echado de menos —susurró él sobre su piel. Acarició la nariz con su cuello, aspirando su olor—. Mírame —ordenó.

Lentamente y sin saber qué pensar por lo que estaba ocurriendo, Ava se giró entre los brazos de Logan. Quedaron frente a frente. Sus cuerpos rozándose. Las manos de Logan de nuevo en las caderas de Ava.

Dos pares de ojos emocionados mirándose.

—Logan...

—¿En el pasado, Ava? —apretó el agarre en sus caderas— Aún tiembles cuando te toco, aún tiembles cuando te beso —rozó sus labios con los de ella—. Aún deseas que te haga mía tanto como lo deseo yo. Porque lo deseas, ¿verdad? —le dio un dulce beso en los labios, uno que ninguno de los dos quiso terminar—. ¿Y quieres que me crea que me dejaste en el pasado?

—Logan, no.

Él puso uno de sus dedos sobre los labios de Ava, haciéndola callar. Dedo con el que después los acarició. Su mano ahuecada en ese hermoso rostro.

—¿Por qué lo hiciste? —no tenía que explicarle a qué se refería, ella lo sabía muy bien— Vamos, sé sincera y dime por qué me destrozaste así.

Las lágrimas de Ava cayeron por sus mejillas. Logan no tardó en coger su cara entre sus manos y limpiar las gotas saladas con sus pulgares.

Ava sentía que no podía respirar al tenerlo tan cerca. Y no podía decirle...

—Logan, déjalo. Quedó atrás.

—Y una mierda quedó atrás —dijo con rabia—. ¿Por qué, Ava? ¿Por qué me dejaste solo?

—Logan... —lloró ella.

—Contéstame, maldita sea. ¿Por qué demonios me rompiste de esa manera? —esa vez la rabia era latente.

—Yo también sufrí —reconoció ella, llorando—. Pero tenía que hacerlo. Era lo mejor para ti. ¿Es que no lo ves?

—¿Lo mejor para mí? ¿Sufrir era lo mejor para mí?

—Yo solo era un estorbo. Mi vida se complicó y yo... Yo no podía hacerte eso —ahí estaba la verdad—. Tú tenías un sueño que cumplir.

—No había sueño sin ti —esa era la verdad de Logan—. ¿No lo entiendes? Yo no quería nada si no era contigo.

—Eso no es así, Logan y lo sabes.

—No miento, Ava. Decidiste por mí —recordó lo que ella había dicho hacía unos segundos sobre basar sus decisiones en ella. Ella hizo algo peor años atrás—. Y me engañaste para lograrlo.

—Sí. Lo hice. ¿Y qué importa ahora? —estalló, cansada de no hablar de ello— Funcionó, ¿no? Conseguiste cumplir tu sueño. En realidad más que tu sueño.

No, eso no era así. ¡Cuán equivocada estaba!

Mike se había encargado antes de marcharse de recordarle cuál fue siempre su mayor sueño.

Y no era ese que él vendía. Ni el que Ava creía.

Pero se encargaría de hacérselo saber.

—No, Ava. Pero te juro que lo lograré.

Llorando aún más por lo que significaba esa frase, ella levantó las manos y las puso sobre las de Logan que aún mantenía sobre su cara.

Estaba malinterpretando la frase y Logan lo supo cuando ella intentó que él la soltase.

Él no lo hizo.

—¿Hay alguien? —preguntó, dejándola descolocada.

—No entiendo.

—¿Hay alguien en tu vida?

Ava, entre lágrimas, pestañeó.

—No —dijo rápidamente, maldiciendo después por no haberle dado tiempo a pensar que podía mentirle.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué te importa?

—¿Desde cuándo, Ava? —insistió— ¿Desde cuándo no amas a alguien? ¿Cuándo fue la última vez que te enamoraste?

Ava miraba los ojos negros brillantes de Logan y sentía que le faltaba el aire.

—Logan.

—Por favor, dímelo. Y dime la verdad. Responde a esa pregunta, me lo debes.

Si respondía a eso, si lo hacía, él sabría toda la verdad.

—Nunca volví a hacerlo.

—¿Desde cuándo? —preguntó él, esa vez en un susurro.

Ava tragó saliva.

—Desde ti —Logan gimió, satisfecho, emocionado e impactado con la respuesta—. Ahí somos muy diferentes, ¿no?

Con todas las mujeres con las que había estado él, alguna ocuparía su corazón. Seguro.

—No —dijo él con voz solemne—. Hasta en eso somos iguales —Ava sentía que se le iba a salir el corazón del pecho al escuchar eso—. Me muero por besarte, peque —usó el diminutivo cariñoso con el que se refería a ella años atrás—. Me muero por sentirte mía de nuevo —dijo con la voz ronca—. Pero te advierto algo. Si lo hago, no dejaré que vuelvas a separarme de ti. ¿Me entiendes?

—Logan, no digas eso. Nosotros no...

—¡Y una mierda que no! —gruñó él— Nosotros siempre hemos sido un sí y te juro por Dios que esta vez no dejaré que lo rompas.

Y la besó.

Por fin la besó.

Con ese juramento retumbando en el pecho de ambos.

Fue un beso agónico. Comenzó como un roce de labios que se fueron abriendo lentamente, saboreando poco a poco al otro hasta que sus lenguas se tocaron.

Entonces se descontroló, la pasión apoderándose de ellos.

Logan, notando que la pierna iba a darle problemas, cogió a Ava de las manos y la llevó hasta su dormitorio. Esperando que siguiera siendo el mismo.

Sí, lo era.

La tumbó en la cama entre besos y él lo hizo a su lado.

Volvió a besarla mientras sus manos acariciaban su cuerpo e iban dejando al aire la piel que tanto quería tocar.

Siempre tan suave...

Tan perfecta.

—Logan...

Ava no podía dejar de susurrar su nombre. Entre gemidos, entre pequeños gritos por la excitación al sentir sus besos, sus manos sobre su cuerpo.

Sobre sus pechos llenos, erizando su piel, endureciendo sus pezones.

Después, ambos desnudos, el contacto sobre su piel.

—Te deseo —decía él—. No tienes ni puta idea de cuánto te deseo.

Se colocó sobre el cuerpo de Ava y comenzó a entrar en ella. Dilatándola poco a poco, ella humedeciéndolo aún más.

—Logan, por favor —él entró un poco más—. Te necesito —gimió ella al sentirlo otro poco más.

—Me tienes —gimió él y entró en ella, haciendo que los dos creyeran morir de placer.

—Dios —sollozó Ava, la sensación era perfecta.

Como siempre lo había sido con él.

Logan había dejado de moverse, disfrutando también de sentirla plenamente.

—Mírame —ordenó.

Ava abrió los ojos y contempló esos iris negros.

Logan acarició el rostro de Ava y grabó esa imagen en su mente. Esos preciosos ojos verdes brillaban tanto...

—¿Siempre? —preguntó en un susurro.

A Ava le temblaron los labios antes de que un sollozo saliera de su garganta.

Sabía lo que significaba esa pregunta. Siempre que habían estado juntos, cuando juraban no separarse, él pronunciaba esa palabra. Con eso le decía que siempre sería ella para él. Que siempre la querría.

Por eso preguntarlo era complicado porque la respuesta daba miedo. Pero Logan tenía que arriesgarse.

Para eso había ido hasta allí.

Y la respuesta a esa pregunta más de una década después en la que ni siquiera se habían visto, ¿había cambiado?

—Siempre —dijo solemnemente.

—Siempre —juró él, dejando que las lágrimas salieran, también, de sus ojos.

Se movió en el interior de Ava. Entró y salió, provocando decenas de sensaciones. Hasta que ella comenzó a temblar y lo apretó, tan fuerte que lo arrastró con ella por el precipicio.

Los dos cayendo entre gemidos de completo placer.

Más de una década después, volvían a ser lo que siempre fueron.

Uno.

Capítulo 12



Un gemido de dolor despertó a Ava. Se había quedado dormida sobre el pecho de Logan y había puesto su pierna sobre la de él.

—Joder, perdona —fue a levantarse rápidamente, pero él se lo prohibió.

—No.

—Te hago daño.

—Puedo soportarlo —la abrazó aún más.

—No seas idiota, vas a lastimarte —se zafó de él y se separó un poco. Se levantó de la cama.

—¿Adónde vas?

Corrió, desnuda, alrededor del catre y se tumbó al otro lado de Logan, haciéndolo reír.

—Mejor aquí —sonrió ella.

Logan se puso de lado, agarró a Ava por la cadera y la pegó a él.

Puso la mano en su mejilla y la acarició.

—Me habría quedado aquí. Habría renunciado a todo por ti.

Las lágrimas mojando de nuevo su precioso rostro.

—Lo sé —susurró ella—. Por eso lo hice.

Lo había dejado haciéndole creer que no sentía nada por él por eso mismo.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo te enteraste de lo que tenía?

—Tengo ese día en mi lista de favoritos para olvidar —suspiró entrecortadamente ella.

—Peque, lo siento. No quiero...

Ella puso un dedo sobre los labios de él. Llegados a ese punto, merecería conocer lo que quisiera.

Ella le contaría la verdad de lo que fuera.

—Actuaba extraña. Sabíamos que tenía depresión, pero había cosas que no se entendían. Los cambios de carácter, por ejemplo. Leí mucho, investigué, llegué a pensar que podía ser bipolar. ¿Recuerdas que me ayudaste a buscar información? —él asintió con la cabeza— Pero no, cuando ya decidimos llevarla a hacerse un chequeo, el resultado fue claro. Además, tenía síntomas de demencia. Había que cuidarla y tú llegaste con tu primer contrato, diciéndome que lo habíamos logrado, que nos marchábamos. Que íbamos a cumplir nuestro sueño. ¿Y cómo te daba yo esa noticia? Así que te lo oculté, te dije que no tenía nada —Ava lloró—. Mi sueño era verte feliz, Logan. Te habría apoyado queriendo jugar al baloncesto o queriendo ser mecánico —él acarició su cara, limpiándola de lágrimas—. Mi sueño era estar contigo, pero mi madre me necesitaba. Me acababa de convertir en un estorbo para ti.

—Nunca —la interrumpió él—. No digas eso nunca.

—Déjame terminar —le pidió, decidida a contarle todo—. Sabía que si te contaba, te

quedarías aquí, conmigo. Esperarías a que todo pasara. ¿Pero cuánto tardaría eso? ¿Cuánto tardarías en darte cuenta de que estabas perdiendo tu vida en este pueblo y no preparándote para jugar en las grandes ligas? Tarde o temprano, aunque me digas que no, lo habrías hecho.

—¿Cómo pudiste? Quiero decir, ¿cómo fuiste capaz ya no de mentirme, sino de soportar el dolor de después? Porque para mí fue un jodido infierno.

—No lo sé —sonrió ella con tristeza—. A veces no dormía llorando. El tiempo fue pasando, tú crecías profesionalmente y ya se te podía ver en la televisión —sonrió—. O te pude escuchar gritar en directo con el triple contra los Lakers.

—¿Estuviste allí? —preguntó, alucinado.

—Estoy orgullosa de ti. Siempre lo he estado. Sabía que llegarías a la cima —lloró.

Logan también lo hizo, le dolía el pecho de la emoción.

—Peque...

—La NBA. Tu sueño hecho realidad —no, no era así—. Modelos, cantantes, deportistas. ¡Actrices! —rio aunque sintiera una punzada en el pecho— Ese es tu mundo, Logan. Ese es el lugar al que perteneces.

Él negó con la cabeza y no le permitió levantarse.

La abrazó y escondió su cabeza entre su cuello y su hombro.

—Estoy donde quiero estar —susurró.

Ava cerró los ojos con fuerza, levantó las manos y las puso sobre la cabeza de Logan, acarició su pelo.

Eso era lo que él pensaba en ese momento, en caliente. Pero la vida, el día a día, era muy diferente.

Y se daría cuenta.

—Por ahora —susurró ella.

Y para siempre, pensó él. Pero ya se lo demostraría.

Fue a salir del hueco de su cuello para besarla cuando casi gritó por el dolor.

—Me cago en la puta —refunfuñó con la voz ahogada.

Ava se sentó en la cama de un salto y miró el rostro dolorido de Logan.

—Joder, te duele mucho, ¿verdad?

—Me está matando —reconoció él—. El viaje en coche me ha dejado peor.

—¡Serás idiota! —Ava se levantó de un salto, se puso una bata por encima y entró al baño a buscar gasas y un gel. Volvió a la cama y se sentó al lado de Logan— No soy experta, pero puedo aliviarte un poco. Sin ahondar. Lo aprendí con mi madre.

Logan negó con la cabeza.

—No.

—No me dejas porque te da miedo que yo te toque y te haga más daño o porque te da vergüenza que vea tu lesión? —Logan apretó los dientes— Te hace sentir vulnerable e inútil —él no respondió, tragó saliva—. Pero soy yo, entre nosotros siempre fue diferente, ¿no?

Él asintió con la cabeza, claudicando, haciéndola sonreír.

Después de calentar el gel en sus manos, Ava lo colocó sobre la pierna de Logan y empezó a esparcirlo, apretando un poco.

—Supongo que no esperaste ver a un lisiado, ¿eh?

—No seas imbécil —resopló ella—. ¿Por eso dejaste de ser el chico agradable de siempre con la prensa? ¿Crees que vales menos porque tu pierna no está bien?

—¿También sabes eso?

—Sé todo y me parece una estupidez.

—Si me quedo cojo para siempre, ya me cuentas si no te importa.

Ava rio y lo miró a los ojos.

—En su día te elegí sabiendo que no tenías demasiadas neuronas —se encogió de hombros—.

Si crees que una simple cojera me puede parar...

Hablar de cojeras era algo que a Logan lo ponía muy nervioso. Sin embargo, esa vez no pudo solo que soltar una carcajada.

Y hacía tanto que no reía así...

La miró cuando dejó de reír. Con orgullo. Sin poderse creer que otra vez estuviera junto a él.

Con amor.

Porque sí, estaba enamorado de esa mujer. Un solo segundo cerca de ella bastó para que todo su cuerpo la reconociera y lo supiera.

Siempre había sido ella.

Siempre sería ella.

La abrazó con fuerza, deseando que ese momento durase para siempre.

—¿Quién es Martha?

Volvían a estar tumbados sobre la cama, ella apoyada sobre el pecho de él. Logan descansando del masaje que le había dado y que lo había ayudado más de lo que imaginaba.

—¿Martha? —él se movió para quitar a Ava de su pecho y la miró a los ojos— ¿Estás celosa?

—No —dijo rápidamente—. No eres... Quiero decir, no somos... —resopló y se calló.

—Mejor no termines esas frases porque me vas a poner de muy mala leche —resopló Logan. ¿Qué mierda no eran? Eran todo y punto. Se lo advirtió antes de volver a hacerla suya—. Martha es mi fisioterapeuta y por si se te pasan ideas idiotas por la cabeza, no, nunca la he tocado ni he deseado hacerlo. Además, ella está comprometida.

—Aun así tu lista es larga.

Logan resopló, no iba a hablar de eso con ella.

—¿Y tu lista? —preguntó, también celoso, le quemaba— ¿Cuántos hubo?

Ava sonrió.

Hubo hombres, ella una monja no era. Pero ni comparación con la enorme lista de Logan.

—Ava... —insistió.

Esa vez fue ella quien cogió la cara de Logan entre sus manos. Y lo besó.

—No me jodas, Ava, me muero de celos —resopló él.

Ella sonrió y lo miró con franqueza.

—Yo también los sentí cada vez que te veía con alguna de esas impresionantes mujeres —reconoció ella—. Pero...

—No he amado a nadie más —le juró él. Solo era sexo.

Ava sonrió.

—Yo tampoco amé a nadie más —juró ella—. ¿No es suficiente con que sepas eso?

No.

O quizás sí.

Lo que no había sido suficiente era con hacerla suya una vez. Su erección preparada de nuevo, su cuerpo temblando por la cercanía.

Necesitaba volver a hundirse en esa mujer y dejar de temblar solo para temblar con ella.

Capítulo 13



—¿Por qué Ava no tiene puesto el árbol de Navidad?

Justin miró a su amigo. Dejó de decorar los pasteles que tenía delante y se enderezó un poco.

Había notado que esa mañana las cosas estaban diferentes. El ambiente era distinto.

Y las miradas de esos dos...

Joder, si no era evidente para él, no lo era para nadie.

Habían estado juntos. Y por mucho que quisieran disimular, a él no podían ocultárselo.

Justin se alegraba por ello.

Centrándose en la pregunta de Logan, se encogió de hombros.

—Con lo de mamá, no quiere adornos este año.

—A Ava le encantan estas fiestas y los adornos —siempre disfrutaba como una niña adornando el árbol.

—Pero este año no.

—Una mierda que no.

—Logan —le advirtió Justin—. Conozco a mi hermana, si no quiere...

—Eso me demuestra que no la conoces una mierda —resopló él—. Tú déjame a mí, el árbol se monta.

—¿Cuándo? Porque esta noche... Ya es Nochebuena —terminó de decir mientras lo veía salir rápidamente de la cocina, no lo había escuchado.

—¡Amor de mis amores! —una voz aguda estuvo a punto de romper los tímpanos de media cafetería— ¡He vuelto!

Logan se paró en seco.

Justin, temiéndose lo peor cuando esos dos se encontraran, salió fuera.

Ava...

—Mi amor, ¡¿dónde estás?! —voz aguda donde las hubiese.

—¿Mi amor? No me jodas, Mills —resopló Logan cuando Justin llegó a su lado.

—No cambia, ¡es que no cambia! —exclamó Justin, desesperado.

—Hola, Justin —dijo el pequeño y extraño ser acercándose a él—. ¿Has visto a Ava? ¿Está en la cocina? Es que tengo que decirle algo muy importante —con la gorra entre sus manos, retorciéndola y sonriendo, dejando visibles sus puntiagudos y amarillos dientes.

Señor, pensó Logan.

El pequeño ser lo miró, pero ni caso le hizo.

No lo había reconocido.

Justin miró de reojo a su izquierda, Logan hizo lo mismo. Ava estaba escondida bajo la barra y gesticulaba con las manos. Debía de estar riñéndoles a todos los dioses.

—¿Justin? ¿Me has oído?

—Como para no —refunfuño Ava, demasiado fuerte.

Justin miró a su hermana con cara de “eres tonta”. Logan puso los ojos en blanco, anda que sabía esconderse bien. Como cuando eran pequeños y se escondía tras la cortina y dejaba los pies visibles.

Pues peor era en ese momento.

—¿Ava? —el pequeño hombre se subió en un taburete y, como pudo, miró al otro lado de la barra— Ava, ¡te encontré! ¡Menos mal! ¿Pero qué haces ahí? ¿Estás bien?

—Yo —ella se levantó y se golpeó la cabeza con la barra—. Auch —gimió antes de volver a agacharse.

Justin rio.

Logan negó con la cabeza, si es que...

El pobre ser saltó y no se abrió la cabeza de milagro.

—Bella dama, ¡dime que estás bien!

—¿Bella dama? —Logan cada vez alucinaba más.

—Él decía que venía de siglos pasados, ¿no? He ahí la prueba —rio Justin, no pudo evitarlo. Si es que todo lo relacionado con ese hombre era ridículo.

—¡No! —exclamó Ava— Estoy estupendamente bien —se levantó, con la mano aún en su cabeza por el golpe y se enderezó, muy digna ella— ¿Qué quieres, Brad? ¿No que no querías volver a verme nunca más en tu vida?

—Bah, pero eso significaba solo ayer, porque estaba enfadado.

—Ah...

—Ya hoy se me pasó. Además, siendo el día que es, no podemos estar mal porque tenemos muchas cosas que organizar.

—¿Que organizar qué?

—Pues la cena de Nochebuena, por supuesto. Es esta noche.

—Por supuesto —carraspeó Justin, sabiendo que de esa, el pequeño ser no saldría vivo.

¿Ya es Nochebuena?, se preguntó Logan.

Joder, pues sí que se pasaban rápidos los días.

Y sí que vives en tu mundo, dijo la voz de su cabeza.

—¿Y qué se supone que tengo yo que organizar contigo? —el tono de voz de Ava no era muy amigable.

Justin miró alrededor y escondió el cuchillo que vio. Por si acaso. A Logan no le pasó desapercibido el gesto y sonrió, divertido.

—En realidad no mucho, mi madre se encargará de todo. Está deseando que su nuera pase el día con nosotros.

Ahí se le borró la sonrisa de un plumazo.

—¿Su qué? —la voz de Logan era hielo.

—Hace años que la llama así —le explicó Justin.

—Ya veo... No me ha reconocido, ¿verdad?

—Ni él ni casi nadie, algo que en verdad agradezco porque no tengo ganas de echar horas extra.

—Bien... —él también lo agradecía. Se había topado con poca gente y había intentado no llamar la atención. Aún no había visto a ningún conocido, así que seguía salvándose de que el rumor se extendiera por el pueblo— Y en siglos pasados uno podía coger un cuchillo y rebanar

pescuezos sin dar explicaciones, ¿verdad? —preguntó Logan mirando a Justin, quien asintió con la cabeza— No sé por qué pero lo veo, ¿eh? ¡Es que lo veo!

—¿Su qué? —ahora era Ava quien tenía la voz de pito, lo de la palabra nuera se le había atravesado en la garganta y no la dejaba respirar con normalidad.

—Estamos muy felices y no dejaremos que te pongas triste, mi madre y yo seremos esa familia que perdiste.

Mal, estaba muy mal de la cabeza.

Ava estaba empezando a ponerse morada. Iba a explotar, literalmente.

—¿Hola? —Justin llamó la atención de Brad— ¿Qué crees que soy yo, imbécil? —mira que tenía paciencia con ese hombre, pero había comentarios que le tocaban los cojones.

—No te enojas, Justin. Tú tienes tu propia familia, pero Ava necesita la suya y...

—Lo que yo necesito es un cuchillo —Ava apretó los dientes.

—¿Para qué? No, mi amor, si no tienes que cocinar, mamá lo hará...

—¡Para metértelo por el culo! —exclamó ella, perdiendo la paciencia.

—Pero mi amor...

—Verás tú el de mi amor —gruñó Logan.

—¡Ni mi amor ni hostias! ¡¡¡No me llames así!!! —exclamó Ava. Miró alrededor.

Mierda, ningún cuchillo a la vista.

Justin suspiró, menos mal que lo había escondido.

—¿Y cómo te llamo?

Hasta ahí llegó el asunto.

—¿Qué tal si no la llamas? —la voz segura de Logan resonó por primera vez en esa discusión.

El pequeño hombre miró a su izquierda y frunció el ceño, intentando deducir...

—¿Logan Davis?

—¡Bingo! —exclamó este, chulesco— Tiempo sin verte, Brad y créeme, podría haber pasado mucho más.

—¿Qué haces aquí?

Logan enarcó las cejas.

—La pregunta no es esa. La pregunta es ¿qué demonios haces Tú aquí?

—Está bien... ¿Qué demonios haces Tú aquí? —intentó imitarlo a la perfección.

Justin soltó una carcajada, lo había entendido a su manera.

—Le meto —resopló Logan.

—Aquí la única que mete cuchillos por el culo soy yo —Ava, desesperada, buscando uno.

Logan la cogió antes de que llegara hasta Justin, por cómo lo miraba, sabía que había descubierto quién lo tenía escondido.

—Estate quieta —la agarró por la cintura y la pegó a él, mirándola a los ojos. Pidiéndole, sin palabras, que se relajara.

—Déjame, Logan.

—Quieta —insistió.

—Te ha dicho que la dejes —gruñó, enfadado, el hombre.

El cuerpo de Logan se tensó.

Y la soltó lentamente.

Justin flipaba. ¿En serio iba a atreverse a cabrearlo de nuevo?

¿Ese hombre no tenía instinto de supervivencia?

—¿A qué viniste, Logan famoso Davis? Este ya no es tu lugar, hace años que nos abandonaste a

todos. ¿Ahora que estás tullido y que tu carrera va a pique vienes a qué? ¿A intentar llenar la soledad de tu mierda de mundo?

Si Logan seguía apretando la mandíbula con tanta fuerza, se la iba a partir. Las cosas no eran así, no tan crueles como hasta la misma Ava había imaginado.

—Brad —Justin resopló y lo cogió del brazo, dispuesto a sacarlo de allí a la fuerza.

Se había pasado tres pueblos.

Y él iba a sacarlo para partirle la cara allí fuera.

Por gilipollas.

—¿Ahora la buscas? —continuó Brad. Logan apretaba los puños con fuerza— Pero no te acordaste de ella cuando eras rico y famoso y te tirabas a media ciudad de Chicago, ¿verdad?

Un sonido desgarrador salió de la garganta de Logan. Se abalanzó sobre el pequeño ser, lo quitó del agarre de Justin. Lo cogió por el cuello, levantándolo del suelo.

Miró al ser extraño, su mandíbula apretada.

—Logan, por favor —le pidió Ava, intentando que lo soltara. Pero los brazos de Logan eran de acero.

—Pártele la cara y échalo ya de aquí —dijo, al contrario, Justin.

—¡Justin! —le regañó su hermana.

Él se encogió de hombros, si Logan no lo hacía, lo haría él. Por hablar así de su hermana.

De su amigo.

Nadie tocaba a su familia.

—Hace unos años no te partí la cara —comenzó Logan con rabia— porque al día siguiente tenía un partido y no quería ir lesionado. Pero te dejé alguna que otra marca para que recordases que si volvías a molestarla, te la verías conmigo —miró la cicatriz de su frente.

Hacía unos años era unos críos y él, obsesionado ya con Ava, intentó besarla a la fuerza.

Logan se abalanzó contra él antes de que Justin llegara. Lo demás era historia.

—¡Bájame, bruto!

—Seguro que lo recuerdas —escupió Logan, mirándolo de nuevo a los ojos—. Esta vez no vas a correr la misma suerte porque, como bien dijiste, lisiado estoy ya y te juro por Dios que no me importa no volver a tocar un jodido balón si con eso me aseguro de no verte cerca de ella nunca más —amenazante.

Lo levantó un poco más.

—Logan, por favor. Mírame —le pidió Ava.

—Piensa de mí lo que quieras —siguió este—. Habla pestes si lo necesitas. Pero no toques a la única familia que tengo —le advirtió—. Porque te guste a ti o no, lo entiendas tú o no. Estemos juntos o no. Me aleje yo o no —dijo con toda la rabia que sentía—. Ellos siempre han sido mi familia —acercó su cara a la de Brad, que se estaba poniendo morado—. Siempre será la mujer de mi vida —le dijo en un susurro—. Nunca la tuya, imbécil —lo lanzó, dejándolo caer.

El golpe se escuchó en todo el local.

Las parejas que desayunaban allí no perdían detalle de lo ocurrido.

En un rato lo sabría todo el pueblo.

—Joder, tu pierna —Ava lo agarró cuando vio que le fallaba, Justin hizo lo mismo.

—Estoy bien —se deshizo del agarre de ambos y se sentó en una banqueta—. Solo necesito unos minutos.

Justin, al ver que su amigo estaba bien, cogió al tonto por el pescuezo para levantarlo y echarlo de allí, ignorando las estupideces que decía.

—Lo siento, Ava, yo... —Justin disculpándose.

—Shhh... —ella se colocó entre las piernas de Logan, sin importarle si los veían— Siempre —susurró, emocionándolo.

—¿Puedo besarte? —*ya tardas*, pensó Ava— ¿O te importa que nos vean?

Con una sonrisa, fue ella quien lo besó a él, fundiendo a los dos en un abrazo que querían alargar para siempre.

—Ava, déjate de tanto beso que hay mucho que hacer —la pareja miró a Justin—. Hoy toca cena familiar —le guiñó el ojo a Logan.

A su hermano.

Hablando de cena...

Cena que casi tuvieron que improvisar porque entre que Ava no quería celebrar nada y no había cocinado y que a Justin y a Mel no les había dado tiempo, la mesa no estaba como siempre.

Pero para Logan eso no importaba.

Importaba cada momento con su familia. Porque para él eran eso, no podía evitar sentirlo así. Los años podían pasar y ese vínculo jamás se rompería.

Ellos también se lo estaban demostrando.

—¿Así? —preguntó Selma, acababa de poner la estrella en el árbol de Navidad de casa de Ava.

—¡Sí! —exclamó esta que la tenía en brazos. Saltó con la pequeña, haciéndola reír.

—Tito Logan, ¿te gusta?

Logan se atragantó con el vino. Joder, ¿tito?

Era evidente que no se lo esperaba.

Mel rio y como estaba cerca de él, le dio un par de palmaditas en la espalda para que no se ahogase.

—Justin siempre hizo que te llamara así.

Logan miró a Justin, emocionado. Este miró al cielo, poniendo los ojos en blanco.

—Ñoñerías no, Davis —le advirtió, pero en tono divertido.

Así entre risas y como si los años no hubieran pasado ni ellos hubieran estado separados y sufriendo por ellos, volvían a estar juntos en una noche tan especial.

Sin olvidar a quienes faltaban.

Llevándolos, siempre, en su corazón.

Capítulo 14



—Feliz Navidad —dijeron Ava y Logan para despedirse de los demás cuando, tiempo después, se marcharon.

La pequeña Salma iba dormidita en los brazos de su padre. Ava le dio un beso en la frente tras abrazar a su hermano.

—Hasta mañana —sonrió Mel a la pareja.

Logan cerró la puerta de la casa de Ava cuando los vio desaparecer, ella ya volvía al sofá.

—Es un amor —dijo Logan.

—No dirás lo mismo cuando la veas convertirse mañana en demonio mientras abre los regalos de Navidad —rio, haciéndolo reír a él.

Logan tomó asiento a su lado y la miró a los ojos. Levantó una mano y la posó sobre su cara.

—Te deseo —susurró y ella sonrió. Se movió y se sentó a horcajadas sobre él, sin dejar caer el peso para no lastimar más su pierna—. No hay momento del día en que no lo haga —Logan levantó un poco la cabeza y mordió el labio inferior de Ava—. Siempre —juró.

Y devoró sus labios, sellando su promesa.

Sobre sus rodillas, Ava se pegó más a él, dejándose caer un poco sobre el cuerpo de Logan, siendo ella quien devoraba, esa vez, sus labios.

Se separó de él el tiempo necesario para desabrocharle los botones de la camisa. Cuando la abrió, colocó las manos sobre su pecho, notando cómo lo hacía temblar.

—Has cambiado tanto... —susurró, acariciándolo, sus manos bajando hasta ese vientre esculpido de acero, como lo estaban esos brazos que tocó después, cuando se deshicieron de la camisa.

—Tú también —Logan le quitó el vestido y el sujetador y acarició los pechos de Ava. Cogió uno en peso y lo apretó, haciéndola gemir.

—Soy más vieja —sonrió ella, un poco avergonzada— y sin retoques.

—¿Es eso lo que te preocupa? —Logan no iba a tomárselo a risa, no si eso la podía hacer sentir insegura.

—Supongo que es inevitable.

No es que ella se comparara, pero la sociedad había arraigado bien ese miedo.

Esa inseguridad.

—También es estúpido —dijo seriamente y ella lo miró a los ojos—. Era sexo, Ava. Solo sexo —acarició su labio—. Tú fuiste y eres todo.

—¿Todo?

Logan cogió su cara entre sus manos.

—Sigo enamorado de ti. Vuelvo a estar enamorado de ti —dijo al verla llorar—. En realidad

nunca he dejado de estarlo. Me reclamaste hace mucho y para siempre.

—Logan.

Lo besó. Un beso con sabor a lágrimas.

—No quiero perderte de nuevo, Ava. No quiero separarme de ti —le pidió.

No quería perder todo aquello que había encontrado. Todo aquello que siempre lo había esperado allí.

Ese era su verdadero sueño, no lo demás.

Entre besos salados por las lágrimas, terminaron de desnudarse. Ava se levantó un poco y colocó la punta del pene de Logan en la entrada de su vagina. Lo miró, aún con lágrimas en los ojos.

Y bajó, lo metió dentro de ella, haciéndolos gemir a los dos.

Esos gritos de placer fue lo único que se escuchó esa mágica noche.

Capítulo 15



Un par de días después, Logan estaba un poco nervioso.

La pierna le dolía más de lo habitual y, por si eso no lo pusiera de mal humor, su representante no dejaba de llamarlo y decirle que tenía que volver ya.

Se había enterado que no estaba siguiendo la rehabilitación y él, además de la directiva del club, estaban muy cabreados.

Tenía que volver de su pueblo natal donde sabían que estaba porque los medios lo habían televisado (por culpa de Brad la noticia corrió como la pólvora y la cafetería, el día de Navidad, se convirtió en un ir y venir de fans que tenía amargados a todos).

La presión que ejercía su vida laboral sobre él era inmensa.

El dolor de su pierna tampoco lo ayudaba.

Y la ansiedad que sentía al pensar que tenía que separarse otra vez de Ava era lo peor.

Él no quería irse, él no quería volver a dejarla.

—Tienes que hacerlo —dijo ella.

Era de madrugada. Logan estaba de pie, mirando por la ventana del salón de la casa de Ava, ella dormida en su cama.

—Tienes que irte —repitió ella, provocando la tensión en el cuerpo de Logan.

Él se giró, se medio sentó en el alféizar de la ventana y la colocó entre sus piernas.

—También puedo ignorarlos.

—Sabes que no —sonrió ella—. Tienes un compromiso con ellos. Es tu trabajo.

—Pero no mi vida.

—También es tu vida, Logan. Tú eres eso, no tienes que negarlo.

—Ava...

—Escúchame. Deja el pasado atrás ahora mismo y piensa.

—En lo único que puedo pensar es en que te quiero a ti, no quiero ir a ningún lado si no es contigo. Deja todo esta vez y vente.

—Sería bonito, ¿no?

—Hagámoslo. Esta vez puedes, ¿por qué no hacerlo? ¿No me quieres como para dar ese paso?

Lo quería para cualquier cosa en la vida. Por eso mismo no podía.

—Porque no es lo que necesitas.

—Estoy hasta los cojones de que siempre creas saber qué es lo que necesito. ¡Te necesito a ti! No intentes liarme esta vez, Ava. Vale, puedo aceptar que tengo que irme y que no puedo decir deo toda mi vida y me vengo aquí sin solucionar todo lo que dejé atrás. Sé de mis compromisos deportivos, publicitarios, de toda esa mierda. Pero esta vez sí puedes venirte conmigo. Será un tiempo, me curaré y...

—Y volverás a la que es tu vida de verdad.

—¡Esa no es la jodida vida que quiero! —exclamó, desesperado.

¿Cómo se lo podía hacer entender?

—No es la que quieres ahora, Logan. Porque estás lesionado, porque estás solo. Porque te has visto sin nadie y has venido donde sabes que tienes un hueco —explotó ella, intentando hacerle ver las cosas—. Pero un hueco es algo temporal, no es un lugar.

—¿Y el tuyo sí? ¿Este sí es tu lugar?

—Sí, el mío sí —dijo ella con seguridad.

—Pensé que era conmigo —suspiró, derrotado.

—Logan...

—El mío es estar contigo, Ava. Da igual dónde. Porque mi lugar eres tú. Pero tú... —quizás era eso lo que él aún no entendía.

—Te quiero mucho, Logan.

—Pero no lo suficiente como para elegirme a mí, ¿verdad? —dejó que las lágrimas cayeran— Estamos viviendo lo mismo que hace años. Me estás dando la misma patada. ¿Y sabes qué? Sé que la otra vez te sacrificaste por mí, pero esta no.

—¿De qué hablas?

—Que no te mientas, Ava. Esta vez me estás echando porque estás acojonada. No hay excusas, nada que te prohíba dejarlo todo y venirte conmigo. Pero te da miedo.

—No sabes de lo que hablas —se separó de él, alejándose.

—¿Crees que no? Puede que yo volviera buscando lo que me faltaba. Si es así, ¿qué tendría de malo? ¿Qué hay de malo en que uno busque su felicidad? Necesitaba respuestas y las tuve. Necesitaba sentir que no estaba solo y lo hice —apretó los dientes—. Necesitaba demostrarme que sería imposible odiarte y lo hice también. Porque me demostré que por más que pase el tiempo, para mí siempre serás tú. Y cambiaría todo mi mundo por ti. Daría mi puta vida por ti.

—Logan... —lloró ella.

—Pero tú... Esta vez no estás mirando por mí, Ava. Me dices que tengo que irme, en eso es en lo único que tienes razón. Tengo mucho que solucionar. Pero no me vendas la jodida moto. No me hagas creer que no te vienes conmigo por mí.

—¡Porque necesitas darte cuenta de todo lejos y solo! —exclamó ella.

—¿Darme cuenta de qué, Ava?

—De lo que de verdad quieres —lloró ella—. Tienes que curarte, tienes que...

Tenía que volver a su vida, sano, para decidir qué quería de verdad.

Para darse cuenta, teniéndolo todo, de si la quería de verdad.

—Me di cuenta de todo la primera vez que te vi al regresar —dijo él—. Ya mi cuerpo me dijo que siempre serías tú. Te llevo aquí grabada, maldita sea —se golpeó el pecho—. Me he dado cuenta de todo, he obtenido las respuestas que buscaba. Se resume en que mi sueño, lo único que de verdad quiero en la vida, eres tú y formar una familia contigo. Jugando al baloncesto o lisiado para toda la vida mientras engordo bebiendo cerveza en un sofá. Aquí o en Pekín. Pero contigo. Y por quererme igual te sacrificaste hace años, pero lo de ahora... Lo de ahora es cobardía, Ava. Y ojalá no tardes tantos años como yo en darte cuenta de ello.

Fue hasta la puerta de entrada.

—Feliz Navidad, peque —dijo antes de abrirla.

Se marchó de allí pegando un portazo.

Dejándola sola, más sola de lo que se había sentido nunca.

Ava cayó al suelo, derrotada.

Capítulo 16



Un año.

Había pasado casi un año desde que Logan se marchó, de nuevo, de la vida de Ava.

Un año en el que ella pensó que se volvería loca. Porque la otra vez que tomó la decisión era más cría. Además, tenía que ocuparse de su madre.

Pero esta...

Se sentía sola.

Si ya la casa era soledad desde que su madre faltaba, desde que Logan no estaba allí era insoportable.

Como poco soportable era su carácter. Mel ni la llamaba, cansada la tenía. Y Justin porque, al fin y al cabo, era su sangre y tenía que soportarla quisiera o no, pero estaba, también, bastante harto del humor de Ava.

Así que ya, desesperado, le dio un ultimátum.

Y ahí estaba ella, evitando que Justin llevase a cabo su amenaza. Llamando al timbre.

Logan abrió la puerta de su casa con una sonrisa en la cara. La sonrisa se le borró al ver a Ava allí.

Ella tragó saliva y se obligó a no mirar su pecho desnudo. Iba sin camiseta, descalzo y con el pantalón desabrochado.

Pero ella ni se había fijado, ¿eh?

—¿Logan? —una voz femenina detrás de él. Dos pares de ojos sobre la chica de rasgos orientales que terminaba de abrocharse el botón de la manga de su camisa— Hablamos —dijo ella, reconociendo a la mujer que acababa de llegar.

La vuelta de Logan había conllevado muchas horas de trabajo duro y que él estuviese recuperado fue gracias a la cantidad de tiempo que trabajaron juntos.

Y en todo ese tiempo, con toda esa ansiedad y ese dolor, Martha conoció, de primera mano, la historia de amor del jugador.

Quien podía pasarse horas mirando fotos de ella en su móvil. Porque ese hombre estaba enamorado hasta la médula. Eso sin duda.

Con un asentimiento de la cabeza de Logan y una sonrisa de Martha a Ava, esta se marchó.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella, quien sentía como si le hubiesen clavado un cuchillo en el vientre.

Putos celos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él de malos modos.

No pretendía eso, fue producto de la sorpresa.

Había pasado un año desde que Ava lo dejó marcharse, esa vez porque era una egoísta.

Ella lo había amado, lo que hizo años atrás fue una prueba de ello, pero no lo amaba lo suficiente.

Ya no.

Y él tenía que vivir con ello.

—Yo... Lo siento, no sabía... Hablaremos en otro momento —ella iba a salir corriendo de allí.

—Va a ser que no —Logan reaccionando a tiempo. La cogió por el brazo y la metió en la casa —. ¿Cómo me encontraste? —le hizo un gesto de la mano para que entrase, ella lo hizo.

—Mi hermano me dio tu dirección.

—Claro, cómo no —le ofreció el sofá—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien —ella se quedó de pie, miró alrededor—. Es precioso.

Logan enarcó las cejas.

—No creo que hayas venido a decirme que te gusta la pintura de mi salón Ava. He tenido una sesión con la pierna dura, así que te agradecería que fueras al grano. ¿Qué haces en Chicago?

Tenía que responderle a esa pregunta ya, Logan no quería dejar a su imaginación libre.

Esa tonta esperanza que él tenía era un imposible, ella nunca vendría por él.

—¿Entonces esa es Martha?

—Sí.

—Ah... —celos bajando de intensidad— Me alegro. Que se te vea tan bien, digo —Logan enarcó las cejas—. Me refiero a tu pierna, claro.

—Claro —él no quería reír, pero verla así de nerviosa siempre lograba sacarle alguna sonrisa —. ¿Y bien?

—Yo llegué hace un rato. El taxi me espera fuera con las maletas.

—¿Para qué viniste?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo una entrada para tu regreso, no me lo quiero perder.

Logan apretó los dientes.

—¿Viniste sola?

—Sí. Yo... Solo quería verte y me alegra saber que de verdad vuelves a ser tú y que recuperaste tu vida.

Logan sintió como si le diesen una patada en el estómago, pero no lo demostró.

Él había vuelto a lo que era, sí, pero seguía sin ser lo que quería. Lo único que él había querido siempre iba caminando hasta la puerta de entrada para marcharse.

—Fui a verte muchas veces estos años —dijo ella, parándose pero sin girarse—. No todas las que quise, pero bueno.

—Entiendo...

Iba a marcharse, iba a dejarlo mierda de nuevo.

Y esta vez él no se lo iba a impedir.

Ava se moría porque lo hiciera, pero él parecía no tener interés ninguno y eso significaba que había perdido.

Lo había perdido y esa vez de verdad.

—Lo perdí —lloró ella, sintiéndose idiota mientras su hermano la miraba con tristeza.

—Entonces recupéralo. Si de verdad lo quieres, ve por él. Como él hizo contigo. Porque eso fue lo que hizo, Ava, no vino solo por llenar su soledad y lo sabes.

—Es que yo no...

—Tú no una mierda, Ava. ¿Desde cuándo eres tan cobarde? ¿De verdad perderás por segunda vez al amor de tu vida por miedo? Nosotros siempre estaremos aquí, aquí siempre tendrás una casa. Pero el hogar es algo diferente —Justin se señaló al corazón—. Solo hay uno en la vida. Ve por él, deja el miedo. Estando juntos, sabréis cómo hacerlo. Porque como no lo hagas, te juro que te llevo yo de los pelos, ¿me entendiste?

—¿Y sabes por qué? —preguntó Ava, tragó saliva, estaba muy nerviosa. Se giró y miró a Logan — ¿Sabes por qué? —Logan metió las manos en los bolsillos, también nervioso al ver cómo ella iba a llorar— Porque te quería. Lo hacía de verdad —lloró—. ¿Y sabes por qué estoy aquí ahora? —se limpió las lágrimas que mojaban su cara. Logan negó con la cabeza, no quería ni pensar... Que después el palo con las falsas ilusiones sería mayor— Porque te quiero —sollozó ella. Él no se movió, ni siquiera pestañeó y Ava pensó que iba a entrar en pánico. Quizás estaba todo perdido —. Te amo, Logan y este año ha sido una mierda —las lágrimas saliendo sin control—. Yo... Tenías razón, fui una puta egoísta. Y no esta vez, sino la anterior también. Yo no tenía que haber elegido por ti —cogió aire—. Tuve miedo. Te dejé marchar porque tenía miedo. Miedo a que cuando volviésemos a todo esto, yo ya no... —llenó sus pulmones, intentando calmarse— Yo no soy como ellas, yo soy una mujer normal a la que le asusta no dar la talla. Y sí, quizás es así, quizás nunca seré todo lo que tú necesitas, pero nadie te va a querer como yo. En esta lujosa casa o en mi destrozada casa en Panguitch si te sientas en el viejo butacón y te pones gordo con tanta cerveza —sollozó—. Sé que puede ser tarde, pero tenía que decirte que... —cogió aire— Te quiero, Logan. Te quiero a ti, a lo que quieras ser. Jugador o no. Aquí o allí. Y no sé si es demasiado tarde para pedirte una oportunidad, para que me dejes demostrarte que estoy contigo, como sea y donde sea. Mi lugar... Mi lugar eres tú —concluyó.

Logan hacía bastante que había dejado de respirar. Seguía conteniendo la respiración. Soltó lentamente el aire que tenía en los pulmones y siguió mirando a esa preciosa mujer que no dejaba de llorar con el corazón encogido.

Ava, viendo que él no decía nada, se giró y puso la mano en el picaporte, dispuesta a irse.

—Y Justin me dijo que tú ya no hablabas sobre tus sentimientos y que te guardabas las cosas — Ava se quedó parada, Logan se acercó a ella lentamente. E hizo como un año atrás, las manos en sus caderas, el rostro entre su cuello y su hombro. Oliéndola—. Mírame —le ordenó como aquella vez.

Nerviosa como nunca, Ava se giró entre sus brazos.

Aguantó la intensa mirada de Logan sobre ella.

—Respóndeme a una pregunta, Ava.

—¿A qué?

—Dime la verdad, ¿siempre? Porque te juro por Dios que esta vez te encadeno y no te dejo huir.

Las piernas de Ava temblaban de tantos nervios como estaba pasando.

—Siempre —juró ella.

Antes de volver a sentir el amor en ese beso.

Volvía a sentirse en casa.

Epílogo



Tres años después

—Y si la coges así... —cogió la manita de la bebé y la ayudó— ¡Ya está! ¡Perfecta!

—Perfecta no, Logan, que un poco más y está tumbada la estrella.

Logan puso los ojos en blanco.

—Tiene celos porque no le dijimos que nos ayudara a ponerla —le dijo a Ella.

Ava rio y se quedó mirando, emocionada, cómo Logan acostaba a la bebé en la pequeña cuña que tenían en el salón.

—Ahora no me mires así, después de que me dejasteis fuera del mejor momento —le recriminó ella, bromeando, a su marido cuando se acercó a ella.

Intentó marcharse, pero Logan la cogió a tiempo.

—¿Crees que tardarán mucho? —preguntó, pícaro.

Estaban en el pueblo natal de los dos, donde pasarían las fiestas como cada año.

Desde que volvieron a estar juntos, Ava se había trasladado a Chicago. Quería vivir ese sueño con Logan. Y eso estaban haciendo.

Ella había vuelto a estudiar. Le había regalado su parte del negocio a su hermano y se dedicaba a prepararse.

Cumpliendo el sueño que se le truncó años atrás.

Logan se había recuperado bien y había seguido jugando. Con Ava acompañándolo siempre, integrándose en el equipo como lo que era, una más de ellos.

Él había superado muchos miedos y, lo más importante, había podido con su lesión.

Y ahora, años después, ya pensaba en retirarse y en cumplir otros grandes planes con su esposa.

Todo se hablaría, tenían tiempo para pensar. Ya fuera mientras estuvieran en Utah o en Chicago.

Y es que habían aprendido, pasando muchas temporadas en Panguitch, que el lugar no importaba mientras estuvieran juntos. Ellos eran su familia.

Y un par de meses antes, nació Ella, dándole a Logan lo que sí era el mayor sueño de su vida.

Su cuñado, su mujer y su hija vendrían en breve para pasar la noche de Acción de Gracias junto a ellos.

—No creo que nos dé tiempo —Ava rio al ver la cara de decepción de Logan—. Pero estaré toda la noche para ti —le prometió.

Le dio un beso y lo hizo gemir.

—No veo la hora —gimió él, necesítandola tanto como siempre.

Pero el timbre sonó, la celebración familiar había comenzado.

Desde aquel año en ese pueblecito natal donde Logan tuvo el impulso de ir, ya las Navidades siempre las pasaban juntos.

Y sería siempre así.

Algo llamó la atención de Logan y miró por la ventana. La imagen de Mike sonriendo se dibujó en su mente.

“Lo único que quiero es verte feliz. Cumpliendo el mayor sueño de tu vida. El de verdad”.

Se acordaba de esas frases cada año en esas fechas.

Entonces miraba a Ava. Ese año con Ella en los brazos y sonreía.

Porque por fin lo había logrado.

Por fin era feliz.

—Feliz día de Acción de Gracias —susurró, levantando la copa, señalando al cielo. Brindando con Mike. Con su madre y con todos los seres que había perdido pero que sabía, velaban por él.

Estuviesen donde estuviesen.

—Logan —lo llamó Ava. Él la miró—. ¿Estás bien?

Él sonrió.

—Estoy contigo. Estoy en casa —dijo emocionándola.

Eso era, para ellos, la felicidad.